

The background of the cover is a detailed illustration. In the foreground, a young woman with dark, curly hair is depicted from the chest up, looking slightly to her right. She wears a light-colored headscarf or shawl. In the background, a cityscape with several tall, ornate church spires is visible across a body of water. A small boat with a single sail is on the water. The overall style is reminiscent of a classical painting or a detailed woodcut. At the top, there are decorative, symmetrical flourishes in a golden-brown color.

Lope de Vega
La Esclava
de su Galán

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LA ESCLAVA DE SU GALÁN

LOPE DE VEGA

**PUBLICADO: 1647
FUENTE: WIKISOURCE**

ELENCO

LA ESCLAVA DE SU GALÁN

FÉLIX LOPE DE VEGA Y CARPIO

LOS QUE HABLAN EN ELLA SON LOS SIGUIENTES:

DON JUAN, estudiante.

ANTONIO, criado.

LEONARDO, caballero.

DON FERNANDO, padre de don Juan.

PEDRO, de gorrón.

ALBERTO, de soldado.

ELENA, dama.

SERAFINA, dama.

RICARDO.

FINEA, esclava.

INÉS, criada.

FABIO, lacayo.

FLORENCIO.

NOTARIO.

ACTO I

SALEN DOÑA ELENA, DAMA, Y DON JUAN, ESTUDIANTE.

DOÑA ELENA:

Esto se acabó, don Juan.

DON JUAN:

No es ese lenguaje tuyo,
y de ese término arguyo
que mal consejo te dan.

DOÑA ELENA:

Eso de argüir es bueno
para escuelas.

DON JUAN:

Novedad.
Elena, tu voluntad
sin argumentos condeno.

DOÑA ELENA:

Confieso que la he tenido.

DON JUAN:

Qué mala suposición.

DOÑA ELENA:

Pues yo, don Juan, ¿qué lición,
qué facultad he leído?

DON JUAN:

Aguardo la consecuencia.

DOÑA ELENA:

Habla como para mí.

DON JUAN:

¿Qué puedo hablar para ti
con tan cansada licencia?

DOÑA ELENA:

¿Quieres que la tome yo
y te diga lo que siento?

DON JUAN:

Prosigue, que estoy atento.

DOÑA ELENA:

¿Pues has de enojarte?

DON JUAN:

No.

DOÑA ELENA:

Yo soy hija, don Juan, de un hombre indiano,
hidalgo montañés, muy bien nacido;
diome su luz el cielo mexicano,
que fue para nacer mi patrio nido.
Mas la fortuna, resistida en vano
por sucesos que ya los cubre olvido,
le trujo a España con alguna hacienda,
o persuadido de su amada prenda.
Divídese Sevilla, como sabes,
por este ilustre y caudaloso río;
senda de plata, por quien tantas naves
le reconocen feudo y señorío.
Es esta puente de maderos graves,
sin pies que toquen a su centro frío,

mano que las dos partes, divididas
por una y otra orilla, tiene asidas.
Hizo elección mi padre de Triana,
patria de algún emperador romano,
para vivir, la causa fue una hermana,
o por no se meter a ciudadano.

DOÑA ELENA:

Finalmente, pagó la deuda humana
con su mujer, el venerable anciano,
dejándome, ni rica ni tan pobre,
que el sustento me falte ni me sobre.
Aquí he vivido con tan gran recato
que se puede escribir por maravilla;
pues que de Triana, verdad trato,
pasé dos veces solas a Sevilla.
Pienso que ansí mi condición retrato,
pues habiendo de aquesta a aquella orilla
paso tan breve a dividir sus olas,
a Sevilla pasé dos veces solas,
una con gran razón a ver la cara
del sol de España, que nos guarde el cielo,
porque estando en Sevilla se agraviara,
si no la viera la lealtad y el celo.
Otra, por ver la máquina tan rara
del monumento a la mayor del suelo;
de suerte que fui a ver cuanto se encierra
de grandeza en el cielo y en la tierra.
Mas, como siempre en los mayores días
las desventuras suelen ser mayores,
tú, que tan libre como yo venías,
viste en mí la ocasión de tus errores.
Seguísteme a Triana, y las porfías
de tus paseos escribiendo amores,
aunque rasgué con justo enojo algunos,
mostraron lo que vencen importunos.

DOÑA ELENA:

Yo te escribí para decirlo en breve,
y yo también te amé, porque entendía
que al casamiento que al honor se debe,
tu amor el pensamiento dirigía.
Con esto el necio mío ya se atreve
a darte entrada como a prenda mía,
entras con libertad y en este medio
hallo que es imposible mi remedio.
Dicen que vale cinco mil ducados
la prebenda eclesiástica que tienes,
y que ya de tu padre los cuidados,
no se entienden a más de que te ordenes.
Si tú pensaste que sin ser casados,
porque a Triana de Sevilla vienes,
tengo yo de perder el honor mío,
mal consejo te dio tu desvarío.
Ayer lo supe, y ese mismo día
vino mi tío de Jerez, que estimo
por padre, el cual dispensación traía
para casarme luego con mi primo.
Y como yo tu ingratitud sabía,
a darle el sí, con lágrimas me animo,
y hoy parte por su hijo y por mi esposo,
porque dentro de un mes será forzoso.
¿Cuál hombre noble hubiera entretenido
una mujer de prendas con engaños,
habiendo de ordenarse, aunque hoy han sido
claros de tu maldad los desengaños?

DOÑA ELENA:

Pensástemme burlar mi honor vencido,
pues si gastaras infinitos años
en locuras de amor, no me vencieras
si Ulises fueras, si Narciso fueras.
Yo estoy, don Juan, resuelta, y es más justo,
como estado tan alto, que te ordenes,
porque es razón, y es de tu padre gusto.

De renta, cinco mil ducados tienes.
Yo perdono el engaño, aunque fue injusto,
[-nes]
que un pecho de traiciones ofendido
volando pasa desde amor a olvido.

DON JUAN:

Elena, a tantas verdades,
¿qué respuesta darte puedo,
pues que todas las concedo
sin poner dificultades?
Mas, ¿por qué te persuades
que mi verdad te engañó,
pues cuando te quise yo
ni la prebenda tenía,
ni más que amarte sabía,
que es lo que amor me enseñó?
Mi padre alcanzó después
la renta de que yo estaba
seguro, cuando buscaba
más bien ni más interés
que merecer esos pies;
Dios sabe si lo sentí;
y si parte no te di
fue porque no quise, Elena,
que partiéramos la pena
que era sola para mí.
Pasó adelante mi amor
encubriendo mi desdicha,
no empañándote a más dicha
que algún honesto favor;
pero si por ser traidor
tomas venganza en casarte,
bien puedes desengañarte
de que amor me ha permitido
que me hubiese sucedido
con que poder obligarte.

DON JUAN:

¿Ves la renta y ves también
de mi padre el justo enojo?,
pues de todo me despojo
aunque mil muertes me den.
¿Será entonces querer bien,
o mentira si me obligo,
para cumplir lo que digo?
Mira si es prueba de fe,
pues todo lo dejaré
y me casaré contigo.
¿Puede hacer mayor fineza
un hombre por lo que adora?
¿Creerás entonces, señora,
lo que estimo tu belleza?
Dirás tú que es más riqueza
ser, Elena, mi mujer,
y sabré yo responder
que aun el propio ser perdiera,
si no siendo, ser pudiera,
que fuera tuyo, sin ser.
Pues quien dijera por ti
el propio ser en que vive,
no hará mucho en que se prive
de lo que es fuera de sí.
Yo voy a hablar desde aquí
a quien licencia nos dé.

DOÑA ELENA:

Detente.

DON JUAN:

Ya no podré.

DOÑA ELENA:

¿Qué intentas?

DON JUAN:

Tú lo verás.

DOÑA ELENA:

¿Loco estás?

DON JUAN:

No puedo más.

DOÑA ELENA:

Mira tu honor,

DON JUAN:

¿Para qué?

DOÑA ELENA:

¿Tanta renta no es error?

DON JUAN:

¿No has visto un niño que viene
a dar un doblón que tiene
porque le den una flor?
Pues haz cuenta que mi amor,
que amor en nada repara,
como el ejemplo declara
si lo que ve le contenta,
es niño y deja la renta
por el clavel de tu cara.

(VASE.)

DOÑA ELENA:

Aunque es verdad que también deseo,
quiero tanto a don Juan, que me ha pesado
de que quiera entrar precipitado,
esta locura por mi humilde empleo.
Pero el grande peligro en que me veo,
amando amada sin tomar estado,
animando el temor, templa el cuidado,
y me parece que mi bien poseo.

Gran fineza de amor, pero cumplida,
tantas desdichas pueden ofrecerse,
que en dejar a don Juan me va la vida,
mejor es apartarse, que ofenderse.
Que una mujer que quiere y es querida,
¿en qué puede parar sino en perderse?

(VASE, Y SALEN DON FERNANDO, PADRE DE DON JUAN, Y ANTONIO.)

ANTONIO:

Como si fuera mía, me ha pesado.

DON FERNANDO:

Pues a mí no me da mucho cuidado;
hacienda tengo, gracias a los cielos.

ANTONIO:

Que no puedan armadas, ni desvelos,
contra aquestos rebeldes holandeses.

DON FERNANDO:

Ayudan los ingleses,
mas no siempre suceden sus fortunas
con tal prosperidad, que si hay algunas
en su favor, nuestro descuido ha sido.

ANTONIO:

El Draque muerto ya, quien es vencido
basta que agora a la memoria aplique.

DON FERNANDO:

Más cerca, en Puerto Rico, el Conde Enríquez,
sin otras mil vitorias.

ANTONIO:

En Cádiz y el Brasil, ¿qué os han tomado?

DON FERNANDO:

Diez mil pesos serían, y han quedado,
gracias a Dios, cien mil; y solamente
para don Juan, mi hijo.

ANTONIO:

Nadie siente
bien de vuestra elección, siendo tan rico.

DON FERNANDO:

A la Iglesia le aplico,
y trato de ordenalle brevemente,
por causas que me obligan,
que no a todos es bien que se las diga.
Tiene de renta cinco mil ducados
que vale la prebenda, y mis cuidados
le llegarán a diez, a lo que creo.

ANTONIO:

El estado es tan alto que su empleo
no puede ser mayor, pero quisiera
que vuestra casa subcesión tuviera,
dilatada a los nietos.

DON FERNANDO:

Este intento
nace de aborrecer el casamiento.

ANTONIO:

¿Por qué razón no es cosa justa?

DON FERNANDO:

Y tanto,
que es sacramento santo.
Pero, pues sois mi amigo, estad atento,
que quiero, y es razón, satisfaceros.

ANTONIO:

Y yo escucharos más que reprehenderos.

DON FERNANDO:

Pasé a las Indias, mozo y con hacienda.
Casé con una dama y, aun hermosa,
cansome, Antonio, como propia prenda,
que en conquistar mi amor no fue dichosa.
Llevando, pues, la edad suelta rienda,
me enamoré de una criolla airosa
y no muy linda, así en el mundo pasa,
por lo feo, dejar lo hermoso en casa.
Esto de los conjuros que sabía,
aunque es necia disculpa de casados,
de suerte enloqueció mi fantasía,
que el depósito fue de mis cuidados.
Tuve en ella a don Juan, que no tenía
hijos de mi mujer; con que elevados
quedaron mis sentidos, qué locura,
que quien todo lo acaba, no lo cura.

ANTONIO:

Admiración me ha causado
que bastardo sea don Juan.

DON FERNANDO:

¿Qué pierde, rico y galán,
si el Rey le ha legitimado?

ANTONIO:

¿Qué hace agora?

DON FERNANDO:

Pasando
está en mi huerta.

ANTONIO:

Estudioso
mancebo.

DON FERNANDO:

Es tan virtuoso,
que siempre le estoy rogando
deje el estudio, y porfía,
y agora debe de ser,
porque presto ha de tener
un acto de teología.
Caso extraño, maravilla
rara que este mozo sea
tan honesto, que no vea
una mujer en Sevilla,
habiendo tanta hermosura.
En esto no me parece.

(SALE LEONARDO, CABALLERO.)

LEONARDO:

Justo parabién merece,
y ha sido mucha cordura.
Estoy, señor don Fernando,
enojado con razón,
¿cómo en tan grande ocasión
os olvidáis, despreciando
la amistad y vecindad?

DON FERNANDO:

De la plata que he perdido,
daros cuenta hubiera sido
pesadumbre, y no amistad.

[LEONARDO]:

De la plata no sé nada,
pésame si os alcanzó
parte, lo que digo yo
es cosa en razón fundada,
pues que casando a don Juan,
lo hacéis con tanto secreto.

DON FERNANDO:

Si es burla, ¿para qué efeto?

LEONARDO:

Burla si él y Pedro están
pidiendo que, por temor,
vuestra licencia le den
sin que se amoneste.

DON FERNANDO:

Bien,
gracioso engaño.

LEONARDO:

Y mayor
el no lo creer ansí,
pues a el juez han informado
que le mataréis airado
si lo sabéis.

DON FERNANDO:

¿Don Juan?

LEONARDO:

Sí.

DON FERNANDO:

¿Vístelo?

LEONARDO:

Si no lo viera,
¿os lo viniera a decir?

(SALEN DON JUAN Y PEDRO DE GORRÓN.)

DON JUAN:

En fin, ¿mandó recibir
nuestra información?

PEDRO:

Espera,
que está mi señor aquí,
no entienda lo que tratamos,
que en grande peligro estamos,
que si lo sabe, ¡ay de ti!

DON FERNANDO:

Don Juan.

Señor.

DON FERNANDO:

Yo pensé,
hijo, que pasando estabas
en la huerta.

DON JUAN:

De allá vengo,
tanto deseo que salga
este acto de teología,
para tu honor y mi fama.

DON FERNANDO:

Bien dices, bien se confirma
con el cuidado que andas
de casarte, pues que ya
secreta licencia sacas.

PEDRO:

¡Zape!

DON JUAN:

¿Yo, señor, qué dices?

PEDRO:

Viuit Dominus que estaba,
quando intrabimus per portam
soplauerunt en la sala.

DON FERNANDO:

Hijo, no recibas pena,
ni las colores te salgan
al rostro, que en dar estado
mucho los padres se engañan
contra el gusto de los hijos.
Dime, por Dios, si te casas;
que cien mil ducados tengo,
tu padre soy, ¿por qué causa
fías tu secreto a un mozo,
y de tu padre te guardas?
¿Hay otra luz en mis ojos,
ni otros ojos en mi cara?

DON JUAN:

Señor.

DON FERNANDO:

No te turbes, di.

PEDRO:

Confiesa, señor, ¿qué aguardas?
advierte que decir que eres
oculorum de su cara.

DON JUAN:

Señor, si verdad te digo,
por tu gusto me ordenaba.
Yo no soy para la iglesia,
cásome con una dama
virtuosa y bien nacida,
aunque pobre.

DON FERNANDO:

Esas palabras
han salido de tu boca

sin que yo te saque el alma.
Fuera.

(SACA LA ESPADA.)

LEONARDO:

¿Estáis en vuestro seso?
¿para vuestro hijo espada?

DON JUAN:

Señor don Fernando.

DON FERNANDO:

Fuera.

PEDRO:

Cogebitur en la trampa.

LEONARDO:

Teneos.

DON FERNANDO:

¿Qué he de tenerme?
¡vil bastardo!, ¿así se hallan
cinco mil ducados?, ¡fuera!

PEDRO:

¿Bastardos los padres llaman
lo que ellos hacen?, que estotro,
como él le hiciera en su casa,
¿qué le costaba salir
más por mujer que por dama?

DON JUAN:

Señor, pues quisiste bien,
cuando sin disculpa andabas
con la madre que me diste,
¿por qué mis años infamas?

¿Tengo yo culpa de ser
bastardo?

PEDRO:

Veritas clara.

DON FERNANDO:

Ahora bien, por los presentes,
con la infame vida escapas,
vete de Sevilla luego,
que la hacienda que pensaba
dejarte, al primer convento
la dejaré, por mi alma.
Hola, echadle esos vestidos
y libros por la ventana,
Idos, pícaro.

PEDRO:

Señor,
yo no me caso.

DON FERNANDO:

Si a casa
volvéis, yo os haré colgar
de una reja.

PEDRO:

¿Qua de causa?
¿soy yo pierna de carnero?

DON FERNANDO:

Ea, los bastardos vayan
al Rollo de Écija.

PEDRO:

¿Yo?
Mas, que también me levanta
que nos hizo a los dos juntos.

LEONARDO:

Mirad señor que se para
gente a escuchar vuestras voces.

ANTONIO:

Entraos señor, que ya basta.

(ÉNTRANSE Y QUEDAN DON JUAN Y PEDRO.)

PEDRO:

¡Buenos quedamos!

DON JUAN:

¿Qué quieres?
como eso los hombres pasan
por amor.

PEDRO:

Si fuera amor
persona, como es fantasma,
¡que de veces me le hubiera
dado dos mil cuchilladas!
Al Rollo de Écija a un hombre
que mañana se ordenaba
de vísperas ¡Vivit Dominus,
que ha de ir a Roma! ¿eso pasa?
¿qué habemos de hacer?

DON JUAN:

Morir.

PEDRO:

Las puertas cierran.

DON JUAN:

Cerradas
debe de tener también,
quien las cierra, las entrañas.

PEDRO:

Qué cerca estás de llorar.

DON JUAN:

¿Pues de eso, Pedro, te espantas?

Ayer un coche y criados,
casa, hacienda, padre y galas,
y hoy cerradas estas puertas.

PEDRO:

Presto se abrirán, si llamas,
con decir que te arrepientes,
y que te ordenen mañana.

DON JUAN:

Aunque mil muertes me den,
de proseguir no dejara
el casamiento de Elena.

PEDRO:

Desde la Elena troyana,
ha quedado por herencia
quemar Troyas, perder casas.
Mas quiero darte un consejo.

DON JUAN:

Cómo.

PEDRO:

Deja la sotana,
y viste galas y plumas,
finge que te vas a Italia
y entra a pedirle la mano,
que es padre y hará en el alma
cosquillas de ausencia.

DON JUAN:

He visto
gran crueldad en sus palabras.

PEDRO:

No creas en esas furias,
pídele la mano y saca
por fuerza una lagrimilla,
que se la moje al tomalla,
que tú le verás más tierno
que una cocida patata,

DON JUAN:

¿Y si no puedo llorar?

PEDRO:

Lleva la valona untada
de la mano con cebolla,
y haz que te limpias, que basta
para que llores seis días.

DON JUAN:

¡Oh, Elena!, ¡oh, bien empleada
pena! Ayude tu hermosura
el ánimo que desmaya,
ver lo que pierdo por ti.

PEDRO:

Ya arrojan por las ventanas
tus vestidos.

(ARROJAN LOS VESTIDOS Y LIBROS, Y OTRAS COSAS.)

DON JUAN:

Bravo enojo.

PEDRO:

Anda la mar alterada
y aligeran el navío.
Voy a buscar mi sotana,

DON JUAN:

Ay, Dios, si se han de perder
de doña Elena las cartas,
y una cinta de cabellos.

PEDRO:

¿Qué joyas?

DON JUAN:

Joyas del alma.

PEDRO:

Cierto que hay almas buhuneras,
pues andan siempre cargadas
de cintas y de papeles.

DON JUAN:

¡Ay, mi Elena!

PEDRO:

¡Ay, mi sotana!

DON JUAN:

¡Ay, papeles!

PEDRO:

¡Ay, greguescos!

DON JUAN:

¡Ay, mis cintas!

PEDRO:

¡Ay, mi cama!

DON JUAN:

Quien supiere que es amor,
apruebe mis esperanzas;

quien no, diga que estoy loco,
pues quedo con sola el alma.

(VANSE.)

(SALEN SERAFINA, DAMA, Y RICARDO, Y FINEA CON MANTO.)

SERAFINA:

¿No me habéis de acompañar?

RICARDO:

La vida, señora mía,
podéis, no la cortesía,
aborreciendo quitar.

SERAFINA:

No son las calles lugar
para tratar casamientos.

RICARDO:

Si se han de dar a los vientos
por vuestro injusto rigor,
¿desde dónde irán mejor
a sus propios elementos?

SERAFINA:

Dejadme pasar.

RICARDO:

Teneos,
y no recibáis enojos,
que por vida de esos ojos
de no hablar en mis deseos.

SERAFINA:

¿Pues en qué?

RICARDO:

Vuestros empleos,
¿eran materia sin mí?

SERAFINA:

¿Y que me diréis así?

RICARDO:

Que estáis muy mal empleada.

SERAFINA:

¿Y estuviera mejorada
en vos?

RICARDO:

Presumo que sí,
no porque haya en don Juan
muy grandes merecimientos,
vuestros altos pensamientos,
mirad vos que fin tendrán,
[-an]
con quien mañana se ordena,
pues, ¿qué loco amor condena
una mujer principal
a que se quede tan mal
que se quede con su pena?
Toda acción se comprende
del fin falso o verdadero;
todo discreto, primero,
mira el fin de lo que emprende,
que lo que espera no entiende,
disculpa tiene del daño,
porque espero con engaño,
donde en fin oculto está,
mas, ¿qué disculpa tendrá
quien ama con desengaño?

SERAFINA:

Yo, Ricardo, ya que os veo
conmigo tan declarado,
que en vez de vuestro cuidado
me decís mi propio empleo,
satisfaceros deseo.
Don Juan se crió conmigo,
fue su padre gran amigo
del mío y lo es de Leonardo,
mi hermano.

RICARDO:

Más causa aguardo.

SERAFINA:

¿Qué mayor de la que digo?
Creció el amor con la edad;
porque, ¿quién imaginara
que tan presto comenzara
su oficio la voluntad?
Al principio fue amistad,
simple, honesta ignorancia,
pero la perseverancia
juntó las cosas distantes,
y desde amigos a amantes
no hay un paso de distancia.
Queríame bien don Juan,
pagábale yo también,
pero en medio de este bien,
que bienes presto se van,
o fue, como era galán,
admitido de otra dama,
cuyas perfecciones ama,
o yo le desagradé;
que aunque él lo niega, lo sé
que me aborrece y desama.

SERAFINA:

Hágole seguir de día
y de noche, caso extraño
que no tome el desengaño
quien tanto hallarle porfía,
ni en casa de amiga mía
largas visitas dilata,
ni con sus amigos trata,
ni le han visto hablar, ni ver,
en calle o campo mujer,
y con tibiezas me matas.
Muerta entre tantos desvelos,
sin saber qué puede ser,
soy la primera mujer
que tiene celos sin celos.
Asegura mis recelos
con regalarme y jurar,
en oyéndome quejar;
pero en materias penosas
no hay cosas más sospechosas
que el jurar y el regalar.
Aquí viene la elección
de su padre, y aquí viene
pensar que el amor no tiene
amistad con la razón.
Bien sé que mi pretensión
ningún fin puede tener,
pero, ¿quién ha de poder,
amando, dejar de amar,
si hay tantas leguas que andar
desde amar a aborrecer?
Esta, pues habéis querido
saberla, fue la ocasión.
Pude amar por la razón,
Ricardo, que habéis oído,
pero no dar al olvido
tantos años de amistad,
que hay mucha dificultad

en mudar el pensamiento,
cuando está el entendimiento
sujeto a la voluntad.

RICARDO:

Habeisme favorecido,
que un discreto desengaño
nunca hizo tanto daño,
como un engaño fingido.
Yo voy muy agradecido,
al bien que en esto me ofrece,
mirad qué premio merece
quien le tiene por favor.
Y así, agradeciera amor
quien desengaño agradece.
Con esto, palabra os doy
no de no amaros, pues veo
ejemplo en vuestro deseo
y desengañado estoy.
Mas, no hablaros desde hoy,
en mi necia voluntad,
ni estorbar vuestra amistad,
quered a don Juan, que es justo,
porque no es amar con gusto,
donde no hay dificultad.
Que si venganza quisiera,
qué mayor que ver que amáis
donde el amor que empleáis
ni fin, ni remedio espera.
Rogaré al tiempo que quiera
templar esta ardiente llama,
no obligando a quien os ama,
los méritos que tenéis,
aunque licencia me deis
para querer a otra dama.

(VASE.)

SERAFINA:

Cortés caballero.

FINEA:

Tanto,
que lástima le he tenido.
Fuerte desengaño ha sido.

SERAFINA:

Toma, Finea, este manto,
que no es tiempo de mirar
en lo que no puede ser.

FINEA:

Notable cosa es querer.

SERAFINA:

Más notable es olvidar.

(SALE LEONARDO.)

LEONARDO:

Serafina.

Hermano mío,
¿de dónde?

LEONARDO:

Vengo admirado
de dos cosas, con razón.
En casa de don Fernando,
la primera, que se casa
don Juan.

SERAFINA:

¿Qué don Juan?

LEONARDO:

No ha sido
sin causa el dudar el nombre.

SERAFINA:

Decir que se casa, es caso
tan extraño, que no es mucho
dudar qué don Juan, Leonardo.

LEONARDO:

¿Don Juan, su hijo?

SERAFINA:

¿Es posible?

LEONARDO:

Debajo de hábitos largos
suele haber poco juicio.
Qué bien su padre ha empleado
lo que le cuesta el ponerle
a un estado tan alto.
Loquillo, ignorante, en fin,
un mozuelo enamorado
que arroja hacienda y honor
y estudio de tantos años,
por lo que mañana creo,
y aun hoy estará olvidado,
si lo tuviese esta noche,
como en el alma los brazos.
Lo segundo que me admira
no es el ver el padre airado,
porque es grande la ocasión,
pero el ver que llegue a tanto,
que después de haber querido
matarle, desesperado,
ha hecho con grande nota,
por las ventanas abajo,
echar su ropa y vestidos,
sus libros y cuanto hallaron

ser del pobre caballero.
Parece que te ha pesado.

SERAFINA:

¿Pues a quién no ha de pesar,
y con más razón que a entrambos,
que nos criamos con él?

LEONARDO:

Entra, que quiero que vamos
a hablarle esta tarde juntos,
si vive, porque ha quedado
de cólera casi muerto.

SERAFINA:

Hasta agora fue mi daño
un imposible de amor,
ya es mayor, pues es agravio.
Porque, ¿quién podrá sufrir
los celos, desengañado?
Que el amar un imposible,
no ha menester desengaño.

(VANSE.)

(SALEN DON JUAN Y PEDRO, DE SOLDADOS, CON BANDAS Y PLUMAS.)

DON JUAN:

Ya vengo como tu quieres,

PEDRO:

Y como el tiempo lo manda,
esto de plumas y banda,
es hechizo de mujeres.
Mucho se ha de holgar Elena.

DON JUAN:

Mi padre quisiera yo.
¡Ay, mi casa!, quién te vio

de tantas riquezas llena
solamente para mí,
y agora te ve cerrada.

PEDRO:

Que la cólera pasada,
todo ha de ser para ti.

DON JUAN:

No me des a conocer,
Pedro, un hombre tan airado
que mató, mal informado,
la desdichada mujer.

PEDRO:

¿Mal informado?

DON JUAN:

¿Pues no?

PEDRO:

¡Bien haya, amén, pues lo eres,
quien sabe honrar las mujeres!

DON JUAN:

¿Nací de las piedras yo?

PEDRO:

¡Oh, sabrosos animales!,
no es hombre el que os tiene en poco.

DON JUAN:

Yo, a lo menos, estoy loco.

PEDRO:

No todas nacen iguales,
pero como no sean brujas,
destas que andan a chupar,

que es menester preguntar
si son de pierna y de agujas;
y consuélate, don Juan,
de cuanto puedes perder,
que más perdió por mujer
no habiendo más de una, Adán.
¿Qué virtuosas, qué santas
disculpan aquella culpa?
Por Dios, que tiene disculpa
quien se pierde donde hay tantas.

DON JUAN:

¡Ea!, acaba de llamar.

PEDRO:

A mí echaranme, señor;
yo tomaría, que olor,
aunque no fuese de azar;
pero temo algún cascote.

DON JUAN:

¿Pues para qué me he vestido?

PEDRO:

El cuento viejo ha venido
aquí a pedir de cogote.
Juntáronse los ratones
para librarse del gato,
y después de un largo rato
de disputas y opiniones,
dijeron que acertarían
en ponerle un cascabel,
que andando el gato con él,
guardarse mejor podían.
Salió un ratón barbicano,
colilargo, hociquirromo,
y encrespando el grueso lomo,
dijo al senado romano,

después de hablar culto un rato:
«¿Quién de todos ha de ser
el que se atreva a poner
ese cascabel al gato?»

DON JUAN:

Ya entiendo, que haber venido
ha sido, Pedro, invención,
y el llamar, la ejecución.

PEDRO:

¿No tienes apercebido
el llanto para la mano
cuando te la ha de besar?

DON JUAN:

Por eso no ha de quedar,
si mi padre es hombre humano.

PEDRO:

Di que su esclavo serás.

DON JUAN:

Póngame un clavo, una argolla.

PEDRO:

Si no tiene hasta cebolla
la valona, pondré más.

DON JUAN:

¡Ha de casa!, ¡qué ocasión
hoy en la calle perdimos!

PEDRO:

Muy emplumados venimos
para pródigo y lechón.
Tú, ni en vestido ni en cara,
tu papel puedes hacer;

que yo bien puedo tener
plaza en cualquiera piara.

(SALE DON FERNANDO.)

DON FERNANDO:

¿Quién es?

DON JUAN:

Un hombre, señor,
que ya no merece nombre
de tu hijo, pues es hombre
que no mereció tu amor.
Voy a Flandes a morir
entre fieros enemigos,
pues que no supe entre amigos
y en tu obediencia vivir;
y aun ojalá que en Triana
me matara una pistola.

DON FERNANDO:

No es tu desvergüenza sola
la que hiciste con sotana;
[-as]
[...]
[...]
y que de plumas presumas
con éstas puedes volar,
porque ya quedas de suerte
que solo pueden valerte
por la tierra o la mar.
Vete, y en tu vida creas
que me has de volver a ver.

DON JUAN:

¡Oh, qué presto has de saber
la muerte que me deseas!
Pero siquiera, señor,

porque me has criado, mira
que no es nobleza la ira
y el perdonar es valor.
Solo te pido la mano
merezca tu bendición.

DON FERNANDO:

Donde no se da perdón,
es la bendición en vano.

DON JUAN:

¿Pues es posible, señor,
que me dejas ir así?

DON FERNANDO:

¿Y tú, parécete a ti
que me has dejado mejor?

DON JUAN:

No era yo para el estado
que tú me querías dar.

DON FERNANDO:

Ni yo para transformar
un sacerdote en soldado,
que si de ti no me vengo
es porque aunque no lo fuiste,
basta que serlo quisiste
para el respeto que tengo.
Clérigo te imaginé,
y de haberlo imaginado,
ya tienes algo sagrado
con que luego te dejé.
Vete, y no pares aquí,
ni sepan tus desvaríos.

DON JUAN:

Ojos, no parecéis míos,
pues no me vengáis de mí.

PEDRO:

Dale cebolla, que ya
parece que se entenece.

DON FERNANDO:

¡Qué poco el llanto merece
con quien ofendido está!

DON JUAN:

En fin, ¿me dejas así?

DON FERNANDO:

Esto es hecho.

DON JUAN:

¡Qué rigor!

PEDRO:

Dale cebolla, señor.

DON FERNANDO:

Vete, pródigo.

PEDRO:

¿Y a mí
no me oirás por su cochino
hablando con reverencia?

DON FERNANDO:

Más que incitas mi paciencia
para hacer un desatino.

DON JUAN:

Cuán de otra suerte aquel padre
de familias recibió

su hijo.

DON FERNANDO:

Y lo hiciera yo,
mas no es posible que cuadre
aquí la comparación,
que aquel vino arrepentido.

PEDRO:

Sí, mas no le has parecido
en la debida porción.

DON FERNANDO:

Tenía parte en su hacienda,
y esa no tiene don Juan.

PEDRO:

¿Señor?

DON FERNANDO:

Quedo, ganapán.

PEDRO:

Dale cebolla.

DON FERNANDO:

No entienda
que ha de ver más esta casa.

DON JUAN:

Fuese.

(VANSE.)

PEDRO:

Nada aprovechó,
mas señas le he visto yo,
y todo en efecto pasa.
Otros hijos se han casado.

DON JUAN:

Sí, pero la bendición
del padre, aunque haya perdón,
es desgracia haber faltado.
Ello ha de ser con su gusto,
porque así lo manda Dios.

PEDRO:

Pues volvámonos los dos,
que yo sé también que es justo.

DON JUAN:

¿Y Elena?

PEDRO:

En Triana está,
labrando una verde manga,
para el venturoso día
que casados juguéis cañas.

DON JUAN:

Camina, Pedro, a la puente,
y pasemos a Triana,
que grandes resoluciones
no quieren grandes tardanzas.

PEDRO:

¿En fin, te casas?

DON JUAN:

¿Qué quieres?,
tengo la palabra dada.

PEDRO:

Otros tienen dadas obras,
y no cumplen las palabras.

DON JUAN:

Qué villano estuvo, ¡ay, cielo!

PEDRO:

Antes no, pues que le dabas
cebolla y nunca la quiso.

DON JUAN:

Camina, Pedro, a Triana.

(VANSE.)

(SALEN ELENA Y INÉS, CRIADA.)

ELENA:

Las sombras de mi temor
no me dejan alegrarme
con cuanto dices que viste.

INÉS:

Propia condición de amantes,
quítase el crédito al bien,
con que dejas de gozarte,
mientras le admities dudoso.

ELENA:

¿Que viste Inés esta tarde,
para tanta dicha mía,
a don Juan mudado el traje?

INÉS:

Digo que le vi con plumas,
mira si puede mudarse
en más diferente forma
quien era ayer estudiante.

ELENA:

¡Ay, Dios!, si ya mi fortuna
se mostrase favorable
a mis deseos, mas temo

que al mejor tiempo me falte,
porque como no son justos,
no dejan asegurarme
en esperanzas que duren,
sino en penas que me maten.
¿Quién ha de pedir al cielo
que deje, para casarse,
un hombre tan alto estado,
tanta renta, honor tan grande?
¡Oh, amor!, que solo reparas
en tu gusto, porque haces
cosas injustas, dirás
que fue disculpa bastante
el haber nacido ciego.

(SALEN DON JUAN Y PEDRO.)

INÉS:

¿Llamaron?

DON JUAN:

Entra y no llames.

PEDRO:

¿Tomas ya la posesión?

DON JUAN:

Vengo, mi señora, a darte
satisfacción de la fe
con que supiste obligarme.
Veisme aquí, si por ventura
asegurar deseaste
la esperanza de ser tuyo,
para que ya no se alaben
cuantos hicieron finezas,
que fueron con esta iguales.
¿Qué importa que desde Abido,
Leandro, el estrecho pase?

¿Qué mal se iguala al enojo
de un noble y airado padre?
Sacando yo la licencia,
Elena, para casarme,
probando que no tendría
efecto con publicarse,
no faltó quien se lo dijo,
aquí no es justo casarte.
Con pintar tigres, leones
y otras fieras semejantes,
sacó la espada, no pudo
por los presentes matarme.

DON JUAN:

Y porque llevaba yo
dos ángeles que me guarden,
cerró las puertas, en fin,
y mandó que me arrojasen
por las ventanas mi ropa.
Yo, pretendiendo probarle,
tomé el traje en que me ves,
y para partirme a Flandes
le pedí la bendición;
mas fue tan inexorable,
que no la pude alcanzar;
mas déjame que le alabe
de una cosa que en sus iras
me ha parecido notable.
No me ha echado maldiciones,
como muchos padres hacen
neciamente, porque a muchos
quiere Dios que los alcancen.
Esto me ha dado consuelo
y esperanza de gozarte
en paz dulce, prenda mía,
que algún día haremos paces.
Es justo acuerdo y es fuerza

por algún tiempo ausentarme
de Sevilla y dar lugar
a que este suceso pase.
Porque el mayor dura un mes,
al fin del cual a casarme
volveré a Sevilla alegre;
tú, en tanto, mira que pagues
esta fe, este amor; no puedo
pasar mi bien adelante.

PEDRO:

¿Andamos con la cebolla
tan tiernos que, en todas partes,
lloramos sin ocasión?

ELENA:

Pensé, don Juan, alegrarme
con verte, y estoy más triste
habiéndote visto que antes.
Todo el discurso fue alegre
hasta llegar a ausentarte.
Porque, ¿dónde habrá paciencia
que para tu ausencia baste,
siendo perderte de vista,
no presumiendo que engañes
una mujer que te adora?
Porque para no casarte
no era menester dejar
la riqueza de tu padre,
la dignidad de tu oficio,
dando lugar a que hable
toda esta ciudad de ti;
pero si es fuerza dejarme,
dime donde vas, mi bien.

DON JUAN:

El amor, Elena, es grande
que mi padre me ha tenido,
y aunque éste puede templarse
con el agravio, es muy cierto
que en mi ausencia ha de obligarle
a notable sentimiento
con que piadoso me llame.
Iré a la corte, y allí
escribiré por instantes
al mayor amigo suyo,
para que el perdón me alcance.
Vuelvo a firmar la palabra
de ser tuyo y, porque es tarde
para pasar atrevido
con las postas por su calle,
solo te pido...

ELENA:

Detente,
mi señor, que es agraviarme
pedirme fe, ni memoria,
porque primero que falte
a tantas obligaciones,
se verán las altas naves
deste río en las estrellas.
Y que las estrellas bajen
a ser de sus aguas peces
y, rompidos los cristales,
del cielo caerán sus polos,
dividido el sol en partes.
¿Qué mujer debe en el mundo
amar tanto, aunque llegase
a perder por ti mil vidas?

PEDRO:

En fin, Inés, hoy se parten
soldados los que ayer fueron

pacíficos estudiantes.
Así va el mundo.

INÉS:

¿A qué mano
picaron?, ¿pensarás darte
en aquel Madrid con plumas?

PEDRO:

¿Con plumas?, ¡qué disparate!
Mal conoces sopalandas.
Gorrón, echaba yo lances
famosos, que donde quiera
se cuelan los deste traje.
A dos veces de ver plumas,
lo que no pasa se sabe;
échanse mucho de ver,
mas ya mi amo se parte,
has de tener fe en ausencia.

INÉS:

Antes, Pedro, que me falte,
estará el sol donde suele,
porque, ¿quién podrá quitarle
de dónde le puso Dios?

PEDRO:

Estas sí que son verdades.

DON JUAN:

Mi bien, yo me voy, adiós,
que partirme apriesa nace
de que este tiempo que pierdo
para la vuelta se alargue.

ELENA:

El cielo vaya contigo,
Pedro, mira qué regales

a don Juan.

PEDRO:

Sin ti, señora,
no habrá regalo que baste.
¿Qué mandas para Madrid?

ELENA:

Que acuerdes, si me olvidare,
a don Juan.

PEDRO:

No me lo digas,
ni tanta firmeza agravies.

ELENA:

Abrázame, Pedro.

PEDRO:

Tente.
que harás que don Juan me abrase,
para quitarme el abrazo.

ELENA:

Celosa quedo y cobarde.

PEDRO:

¿De qué?

ELENA:

De ver que se pone
el sol que en mis ojos sale
que un Madrid y aquellos años,
¿qué lealtad quieres que guarden?

Acto II

SALEN LEONARDO, PEDRO Y DON JUAN.

LEONARDO:

Antes fuera maravilla
venir con menos cuidado.

DON JUAN:

Enojos de un padre airado
me sacaron de Sevilla,
y vuélvenme los deseos
de la ocasión a saber
qué fin puedo prometer
a mis dudosos empleos,
para que vos, a quien tiene
respeto por amistad,
rompáis la dificultad
que a mis desdichas previene.
[-ado]

LEONARDO:

Yo no sé cómo ha de ser,
don Juan, que podáis volver
eternamente a su agrado,
porque después que a la corte
os fuisteis, se ha procurado;
pero con su pecho airado,
no hay medio humano que importe,

antes hablando le jura
que un esclavo ha de buscar
a quién le piensa dejar
su hacienda.

DON JUAN:

Estraña locura;
hágame su esclavo a mí.

PEDRO:

No sino a mí, que podrá
con más propiedad.

DON JUAN:

¿Que está
tan airado?

LEONARDO:

Ayer le vi
con tal determinación;
mas cómo fue, me decid,
en Madrid.

DON JUAN:

Llegué a Madrid,
Leonardo, en buena ocasión,
para entretener los ojos,
que el alma no era posible,
mientras airado y terrible
ejecuta sus enojos.

PEDRO:

Tu padre, señor.

DON JUAN:

¡Ay, triste
Leonardo!, adiós, no me vea.

(SALEN DON FERNANDO, Y FABIO.)

DON FERNANDO:

No te espantes, que no crea
lo que dices, ¿tú le viste?

FABIO:

Digo, señor, que le vi.

DON FERNANDO:

Basta, Leonardo, que Fabio
dice que para mi agravio
está aquel villano aquí.

LEONARDO:

Aquí está, que le han traído
pobreza y enfermedad,
no cerréis a la piedad,
como el áspid, el oído,
que ya toca en vuestro honor
favorecer a don Juan.

DON FERNANDO:

Gentil favor le darán
su maldad y mi valor,
id con Dios, porque en llegando
a hablarme, por él me pierdo.

LEONARDO:

Vos, como prudente y cuerdo,
veréis, señor don Fernando,
lo que en esto habéis de hacer;
yo, entre tanto, y perdonad,
cumpliré con mi amistad
en no dejarle perder.
A mi casa le he traído,
allí le pienso curar.

DON FERNANDO:

Haréisme un grande pesar,
y que no lo hagáis os pido,
que estáis muy cerca de mí,
o mudareme, por Dios.

FABIO:

La vecindad de los dos,
¿qué ofensa te hace a ti?

DON FERNANDO:

¿No podrá ser que le vea
alguna vez?

FABIO:

Ya, señor,
es ese mucho rigor.

(SALE ALBERTO, CRIADO DE ELENA, DE SOLDADO.)

ALBERTO:

No habrá en el mundo quien crea
esta determinación,
mas es fuerza aventurarme.

DON FERNANDO:

Mira quién viene a buscarme.

FABIO:

Soldados pienso que son.

ALBERTO:

Soy, señor, un capitán
de un navío.

DON FERNANDO:

Mas, ¿qué viene
a decir, que me conviene
favorecer a don Juan?

ALBERTO:

Habiendo sabido que
andáis buscando un esclavo
de tantas partes, que pueda
la tristeza consolaros
de un hijo que habéis perdido
o que ha dado en ser soldado,
traigo una esclava, que creo
(no siendo fuerza obligaros
a ser esclavo) que tiene
prendas que no las ha dado
el cielo a mujer ninguna.

DON FERNANDO:

Amor siempre ha sido engaño,
esclavo buscaba yo,
pero tan poco reparo,
siendo ella tal, en que sea
esclava.

ALBERTO:

Es tal, que no hallo
a qué poder compararla
si no es al precio, que es tanto
que dije bien su valor.

DON FERNANDO:

¿Es negra?

ALBERTO:

Por ningún caso
tratara yo en esa hacienda.

DON FERNANDO:

¿Mulata?

ALBERTO:

Tampoco.

DON FERNANDO:

Aguardo
qué sea.

ALBERTO:

Es india oriental,
a quien los moros han dado
su seta en aquellas tierras,
que ahora van conquistando
valerosos portugueses.
En Malaca la trocaron
a perlas, y un capitán
la trujo a España del cabo
de buena esperanza, y yo
la compré, siendo soldado
del castillo de Lisboa.
Entra, Bárbara.

(SALE ELENA, DE ESCLAVA, CON CLAVO EN LA BARBA.)

DON FERNANDO:

Es retrato
de aquella reina de Persia.

ELENA:

Dadme, señor, vuestras manos.

DON FERNANDO:

Hija, no estéis en la tierra,
la fortuna os hizo agravio.
Notable mujer.

FABIO:

Famosa.

DON FERNANDO:

Adoptaban sus esclavos
los romanos, como a hijos,
sus apellidos dejando
y su casa en ellos; yo
pensaba hacer otro tanto,
por cierto enojo que tengo,
pero, puesto que me agrado
de la esclava, haré lo mismo.
¿Es el precio?

ALBERTO:

Mil ducados.

DON FERNANDO:

Bien dijistes que en el precio
se vería, y se ve claro
su valor.

ALBERTO:

No os espantéis,
que donde son más baratos
me los han dado por ella.
Tiene entendimiento raro.
Por comenzar por el alma,
el cuerpo estaisle mirando,
no tengo que encarecerle,
los ojos son desengaño.
Por virtuosa la vendo,
que haber sido lo contrario
no era precio para ella,
el tesoro veneciano.
Canta, baila, cuenta, escribe,
y es, con notable regalo,
milagrosa conservera,
esto podéis ver despacio,
si queréis que aquí la deje.

DON FERNANDO:

¿Cómo os llamáis?

ELENA:

Yo me llamo
Bárbara, y no por gentil,
porque este nombre cristiano,
en la nave que venía,
con el bautismo sagrado,
me dio mi primero dueño,
temeroso de los rayos
de una tempestad que tuvo
la nave en peligro tanto,
que haber librado las vidas
fue del bautismo milagro.
Sin esto, junto a los Zafres,
dimos en unos peñascos,
que sirvieron de rodela
a las flechas de sus arcos.
Como echó su hacienda al mar
aquel mercader indiano,
guardome para la tierra,
donde le fue necesario
remedialla con venderme.

DON FERNANDO:

¿Cómo, Bárbara, ese clavo
os puso en la barba?

ELENA:

Fue
presumir, amenazando
rendir mi pecho a su gusto,
y como sé que le traigo
en defensa de mi honor,
lunar de mi honor le llamo;
que como ponen blasones
los que empresas acabaron,

puso por armas mi honor
hierro negro en campo blanco.

DON FERNANDO:

¡Qué bien dicho!, yo lo creo.
Ahora bien, cuando me agrado
de una cosa, pocas veces
en el dinero reparo,
que no vos, señor; ¿en cuánto
os las vendió el capitán?

ELENA:

Señor, mientras es mi amo,
no puedo contradecirle;
después que me hayáis comprado,
os lo diré, como a dueño.

DON FERNANDO:

¡Qué discreción!

ALBERTO:

Si llegamos
cuando os agrade el concierto,
sean quinientos ducados,
que me costó cuatrocientos.

DON FERNANDO:

Esos daré yo.

ALBERTO:

Subamos
a contarlos, todo en plata.

DON FERNANDO:

Y en oro podéis contarlos,
porque es dar oro, por oro.

ALBERTO:

Ya es vuestro suceso extraño.

DON FERNANDO:

Bárbara, no a ser mi esclava
quedáis, que con vos aguardo
cobrar el amor de un hijo,
inobediente e ingrato.

ELENA:

Pues señor, haré yo cuenta
que por él traigo este clavo,
que sirviendo en su lugar,
esclava seré de entrambos.

(VASE FERNANDO.)

Esta amorosa pasión,
con que se me abrasa el pecho,
pues hierros dorados son,
por una fineza ha hecho
esclavo mi corazón.

Con darle a don Juan no huyo
de confesarle por suyo,
mas puede decir después
que de dos dueños lo es,
esclavo soy, ¿pero cuyo?

Aunque si dadas están
cuyo ha de ser preguntando,
mi fe y lealtad las dirán,
que no soy de don Fernando,
sino esclava de don Juan.

Verdad es que él me compró
y que el amor me vendió,
pero cuando en mí reparen
si cuya soy preguntaren,
eso no lo diré yo.

Porque de concierto están
la fe y el amor en mí,
que si tormento me dan,

solo he de decir que fui
la esclava de su galán.
Que mi corazón quebró
lo que don Juan le obligó,
le dijo al alma, prometo
de guardar siempre el secreto,
que cuyo soy, me mandó.
Soy tan leal, corazón,
que sabiendo que ha perdido
por mí, hacienda y opinión,
secretamente he querido
pagarle tanta afición.
Porque cómo restituyó
la deuda el amor, arguyo,
mas cómo se encubrirá
porque nadie me verá
que no diga que soy suyo.

(FABIO SALE.)

FABIO:

Haciendo está la escritura;
entre Bárbara, que quiere
verte el escribano.

ELENA:

Hoy muere
mi libertad, y asegura
la eterna fama que adquiere.
Informarme he menester
de algo, si en casa quedo,
de la familia, y saber
porque errar términos puedo;
¿con quién le debo tener?
¿Hay señora?

FABIO:

No hay señora.

ELENA:

¿Hijos?

FABIO:

Uno.

ELENA:

¿Edad?

FABIO:

Mancebo.

ELENA:

¿Qué estado?

FABIO:

Estado de nuevo,
porque cierta pecadora
le ha puesto en los ojos cebo.
Cerca de clérigo estaba,
y que quiere casarse.

ELENA:

¿El nombre?

FABIO:

Don Juan.

ELENA:

Ya lo imaginaba.
¿Es galán?

FABIO:

Es gentilhomme,

ELENA:

Peligro corre la esclava.

FABIO:

No corre, que no está en casa.

ELENA:

¿Cómo?

FABIO:

Su padre le echó,
no más de porque se casa.

ELENA:

Por eso.

FABIO:

¿Es poco?

ELENA:

¿Pues no?
como eso en el mundo pasa,
¿quién hay más?

FABIO:

La cocinera,
y un ama que la crió.

ELENA:

¿Es muy vieja?

FABIO:

Es hechicera.

ELENA:

¿Vos quién sois?

FABIO:

Aquí entro yo.
Soy señor de la cochera.

ELENA:

Sois hombre muy importante.

FABIO:

Y otras veces voy mejor.

ELENA:

¿Cómo?

FABIO:

Con plaza de infante,
soy víspera de señor,
porque estoy siempre delante.
Desde que os vi con deseo,
estoy por vida de entrambos
de ministrar himeneo.

ELENA:

Mírasme con ojos zambos.

FABIO:

Son señas de eregodeo.

ELENA:

Entrad, y tened la mano,
porque os daré.

(DALE.)

FABIO:

Ya es después.

ELENA:

Yo no aviso más temprano.

FABIO:

Así me trataba Inés.

ELENA:

Pues tened respeto, hermano,
porque yo respondo así.

FABIO:

Yo me despido de ti.

ELENA:

Buenas mis locuras van,
yo me vendo por don Juan,
amor, ¿qué quieres de mí?

(VANSE.)

(SALEN PEDRO, SERAFINA Y DON JUAN.)

SERAFINA:

Pensarás que te agradezco
que a mi casa hayas venido,
si necesidad ha sido.

DON JUAN:

Eso y mucho más merezco.

SERAFINA:

¿Tú casarte, y no conmigo?

DON JUAN:

Cuando venir presumí,
bien imaginé que en ti
tuviera un grande enemigo,
mas para desengañarte,
no hallé camino mejor.

SERAFINA:

Responde mi necio amor
que ninguna cosa es parte,
pues tú me engañas a mí,
y quieres otra mujer.
Tanto que te obliga a ser
lo que estoy mirando en ti.
Pedro, aunque tú me has vendido,
también como tú, señor,

¿qué me dices de un traidor
que hasta el honor ha perdido?
¿Pero que puedes decirme?

PEDRO:

Amaina señora, amaina;
vuelve la espada a la vaina,
no mates hombre tan firme,
que siendo tú la mujer
con quien se quiere casar,
¿cómo te puedes quejar?

SERAFINA:

¿Yo soy?

PEDRO:

¿Pues quién ha de ser?
¿Hate dicho a ti tu hermano
quién es la mujer o hombre
que sepa si quiera el nombre?

SERAFINA:

Luego, ¿yo me quejo en vano?

PEDRO:

¿Pues no está claro que ha sido
la jornada y la invención
solo por esta ocasión?

SERAFINA:

Amor la culpa ha tenido
del enojo que ha causado.
Mi desconfianza fue
la causa, que no pensé
de verle tan descuidado,
que era por mí la fineza;
don Juan, mi desconfianza
no dio por tanta mudanza

créditos a la firmeza,
perdonad el recebiros
con tan injusto desdén

DON JUAN:

Cuéstame el quereros bien,
no deseos y suspiros,
como suele suceder,
sino hacienda, honor y vida.

SERAFINA:

Vós veréis qué agradecida
soy, si soy vuestra mujer.

DON JUAN:

¿pues por quién pudiera yo
hacer fineza tan rara?

SERAFINA:

De mis dichas lo dudara,
de mis pensamientos no.
Mi hermano pienso que viene,
no puedo agora decir
lo que habré de remitir
al alma, que dentro os tiene.
En ella y el corazón,
como en secreto lugar,
los dos podremos hablar
desta peregrinación
con que me habéis obligado,
vuestra eternamente soy.

(VASE.)

DON JUAN:

Necio, ¿qué has hecho?, ya estoy
metido en mayor cuidado,

con decir a Serafina
que es ella con quien me caso.

PEDRO:

Si esta mujer es el paso
por donde tu amor camina
al fin de su pretensión,
no fue engañarla locura,
que pudiera por ventura
hacer en esta ocasión,
que su hermano, por quien ya
corren estas amistades,
pusiera dificultades
en lo que tratando está,
ni se pudiera vivir
aquí con este enemigo.

DON JUAN:

Y si hablándola me obliga
a lo que no he de cumplir,
parécete que son cosas
que poco después fatigan.

PEDRO:

¿Pues a qué escritura obligan
dos palabras amorosas?

DON JUAN:

Bien dices, que desde aquí
habemos de negociar;
mas, ¿cuándo piensa llegar
esta noche para mí?
Muero por ir a Triana,
muero por ver a mi Elena.

PEDRO:

Basta un mes de injusta pena,
dejemos para mañana

ir a Triana, señor;
porque si esta noche vas,
a Serafina darás
sospechas de ajeno amor.

DON JUAN:

Eso dices, si pensara
no vella, estando en Sevilla,
tuviera por maravilla
que la vida me durara
hasta que el alba saliera.
¡Ay, noche, ven!, porque el sol,
dejando el polo español,
cubra la antártica esfera.
Deja, sol, que el negro manto
pueda tu rostro eclipsar,
que aunque temieras la mar,
no te detuvieras tanto.
Embarca tu resplandor,
que en ver la noche me niega;
con mis lágrimas navega,
que soy todo un mar de amor.
Vete, que no he menester
celajes de tu mañana,
que está mi aurora en Triana,
y ella me ha de amanecer.
Vamos, Pedro.

PEDRO:

Tente un poco.

DON JUAN:

¿No es de noche?

PEDRO:

En tu sentido,
tanta es la luz que ha perdido
quien está de amores loco.

DON JUAN:

Pues di, ¿no tengo razón,
no es hermosa y virtuosa?

PEDRO:

Virtud, sobre ser hermosa,
es la mayor perfección,
y así será justo empleo,
pero con mucho juicio.

DON JUAN:

Pues es para su servicio,
ayude Dios mi deseo.

(VANSE, Y SALE DON FERNANDO Y ELENA.)

DON FERNANDO:

Tan contento estoy de ti,
Bárbara, que desde hoy
eres lo mismo que yo.

ELENA:

Cuanto ha sido contra mí
hasta agora la fortuna,
le perdono justamente,
si no es que de nuevo intente
deste bien mudanza alguna;
pues, piadosa, me ha traído
a servir a un caballero,
de quien mi remedio espero.

DON FERNANDO:

Bárbara, mi dicha ha sido,
y pues que lo siento así,
se ve lo que te he fiado.
Todas las llaves te he dado,
rige y gobierna por mí
criados, casa y hacienda,

tanto de tu entendimiento
y virtud estoy contento;
y porque tu pecho entienda
qué es lo menos que te fío.
Óyeme atenta y sabrás
lo que a mí me importa más,
todo el pensamiento mío,
yo tengo un hijo.

ELENA:

Ya sé
todo el suceso, señor,
que me lo dijo Leonor
el día que en tu casa entré.

DON FERNANDO:

Ese, pues, inobediente,
estando para ordenarse,
dio en que había de casarse,
y ausentose cuerdamente,
que pienso que le matara.
Ha vuelto a Sevilla,
y en casa un vecino está,
que a mi disgusto le ampara.
Entre todos los enojos,
que me ha dado este rapaz,
anda amor metiendo paz,
porque es la luz de mis ojos.
Yo finjo que le aborrezco,
y nadie sabe de mí
lo que he fiado de ti.

ELENA:

Dios sabe que lo merezco.

DON FERNANDO:

Quiero, porque me han contado
que viene enfermo y perdido,

que tú, como que has querido,
viéndome con él airado,
cuidar de su enfermedad,
como tu propio señor
le veas, y de mi amor
sustituyas la piedad.
Las llaves tienes, y tienes
discreción en regalarle;
te ocupa, sin declararle,
que por mí, Bárbara, vienes,
sino por tu obligación;
que sé que en viendo a don Juan,
tan entendido y galán,
dirás que tengo razón.
No hay mozo en toda Sevilla,
no lo digo como padre,
más gallarda fue su madre,
en México maravilla,
y muy principal mujer,
que a ser legítimo amor,
más tiene de su valor
que de mí puede tener.
Lo primero, has de llevar
esto, sin nombrarme a mí,
unas camisas que aquí
quedaron por acabar.
Y toma en este bolsillo
cincuenta escudos, que está
pobre, y no los hallará
sobre prendas en Sevilla.
Pienso que me has entendido.

ELENA:

¡Y cómo señor!, muy bien,
y de camino también,
con el alma agradecido,
la confianza que hacéis

desta humilde esclava vuestra,
en lo demás bien se muestra,
que piadoso procedéis,
como padre, imitación
del verdadero desvelo.

DON FERNANDO:

Si tú, con discreto celo,
pues se ofrecerá ocasión,
le pudieses persuadir
que dejase de casarse
y que volviese a ordenarse,
no le dejes de advertir
lo que ganará conmigo.

ELENA:

Señor, ¿como podré yo,
sabiendo que no bastó
tu enojo, ni tu castigo?
Pero, en fin, yo te prometo
de hablarle en esto, y muy bien.

DON FERNANDO:

Haz, Bárbara, que te den
las camisas en secreto,
que ya acabadas están,
y si en este amor reparas,
yo sé que me disculparas
si hubieres visto a don Juan,
y quiero que se te acuerde
mirándonos a los dos.
Que siente Dios, con ser Dios
un hijo que se le pierde.

ELENA:

¿Ha de ir alguno conmigo?

DON FERNANDO:

Fabio, que te enseñará
la casa, que cerca está.

ELENA:

Alabo, ensalzo, bendigo
la piedad que usas conmigo.
Cielo, en aquesta ocasión,
parece que el corazón
me miraba, don Fernando,
y que dél fue trasladando
mi propia imaginación;
que podré ver a don Juan
después de tan larga ausencia.
¡Qué dineros y licencia
de regalarle me dan!
Parece que ya se van
declarando en mi favor
los cielos, pues el rigor
piadoso de un padre airado
da cuidado a mi cuidado,
y añade amor a mi amor.
Agora os satisfaceréis,
ojos, que sin luz estáis,
que a ver vuestra gloria vais
de lo que llorado habéis.
Hoy vuestro dueño veréis,
y siempre licencia os dan,
tercero para don Juan
es hoy quien más me aborrece,
pues me dice y encarece,
que es gentil hombre y galán.
Con la gracia que me hablaba,
con las que don Juan tenía,
como que yo no sabía,
que me cuestan ser su esclava,
lo mesmo que deseaba,
me ofrecía liberal.

Porque con suceso igual
sea mi ejemplo testigo
de que suele un enemigo
hacer bien, por hacer mal.

(VASE.)

(SALE FLORENCIO Y RICARDO.)

FLORENCIO:

No siempre puede amor lo que imagina.

RICARDO:

Juré, Florencio, no ver a Serafina,
después de ser tan claro desengaño,
y aunque pensé que fuera por mi daño,
un milagro de amor ha sucedido,
que fue con otro amor quedar vencido.

FLORENCIO:

Si tiene alguna cura
la locura de amor, es la hermosura
de otra mujer, y así dijo un poeta:
aunque es pasión que tanto nos sujeta,
para vencer amor, querer vencelle.

RICARDO:

No pienso yo ponelle
remedio tan violento;
pero andando con este pensamiento,
vi una mujer a donde puso el cielo
dos estrellas de fuego en puro hielo,
un talle tan gallardo, honesto y grave,
un mirar tan suave,
un andar tan gracioso,
y en cada parte un todo tan hermoso,
que vivo sin sentido,
mas todo lo que veis, y fue el olvido,

de aquel pasa amor, pues ya me abrasa,
se encierra en una esclava desta casa.

FLORENCIO:

¿Esclava?

RICARDO:

Sí.

FLORENCIO:

Que bajo pensamiento.

RICARDO:

Sin verla, no culpéis mi entendimiento.

FLORENCIO:

¿Es Africana?

RICARDO:

Es India, y justamente,
que siendo sol viniese del Oriente.

FLORENCIO:

Mal gusto, y en que el vuestro desatina,
dejar el serafín de Serafina
por una esclava bárbara.

RICARDO:

Su nombre,
Florencio, es ese, y porque no os asombre
mi pensamiento justo,
mirad su talle y culparéis mi gusto.

(SALEN DOÑA ELENA Y FABIO CON UN AZAFATE.)

FABIO:

Esta es la casa.

ELENA:

Que tan cerca era.

FABIO:

¿Quisieras tú que al alameda fuera?
la devoción de San Trotón te obliga.

ELENA:

Nunca salgo de casa.

FABIO:

Pues, amiga,
si Señor te hace dama, ten paciencia,
demás que las ventanas, en ausencia
de la calle, no son poco remedio.

ELENA:

Nunca por ese medio
remedio yo la soledad que paso.

FABIO:

¿Ventana no?

ELENA:

¿Soy yo botón, acaso,
que tengo de estar siempre a la ventana?

RICARDO:

¿Qué os parece la indiana?

FLORENCIO:

ue trujo cuantas perlas y oro Arabia,
en la tierra y la mar que el sol las cría.

ELENA:

Entra Fabio, y dirás a lo que vengo.

RICARDO:

Luego disculpa de querer la tengo.

FLORENCIO:

El lacayo se ha entrado
en casa de Serafina.

RICARDO:

¿Traerán de don Fernando algún recado,
pues, Bárbara divina?

ELENA:

Vuesamerced, suplícole se tenga.
antes que el hombre con quien vengo venga.

RICARDO:

¿Por qué pagas tan mal lo que te quiero?

ELENA:

¿Qué obligación me corre, caballero?

RICARDO:

Amor no obliga.

ELENA:

Obliga con servicios,
y amorosos oficios,
no con palabras y ánimos donceles,
que aun en tiempo de Adán le daban pieles.

RICARDO:

¿Quieres tú galas, quieres tú dinero?

ELENA:

No puedo yo deciros lo que quiero.

RICARDO:

¿Quieres que te rescate?

ELENA:

Ni por el pensamiento de eso trate,
todo mi gusto en esta casa tengo;
esclava de mí misma, a verle vengo.

RICARDO:

Ya te he entendido, ¿quién es, a Leonardo?

ELENA:

¿No es don Juan más gallardo?

RICARDO:

¿Pues quieres a don Juan?

ELENA:

Como a mi dueño,
que en lo demás ya sé que fuera sueño,
pues quiere una mujer con quien se casa.

RICARDO:

Pues, Bárbara, si sabes lo que pasa
quiéreme a mí, que en indio me transformas,
pues ídolo te formas
de marfil y de oro,
y siendo tú mi sol indio, te adoro;
¡ea!, dame una mano, porque en ella
te ponga este diamante,
que aunque es muy bella, quedara más bella.

ELENA:

Quedito y salvo el guante,
que soy un poco arisca,
y con las nueve efes de Francisca,
fe, fineza, firmeza y fortaleza,
soy toda junta un monte de aspereza,
y le quiero añadir el ser famosa.

RICARDO:

Pues déjame tocar con solo un dedo
el clavo de tu rostro.

ELENA:

Lindo enredo,
¿soy cuenta de perdones?,
por sus ojos que mude de estaciones.

RICARDO:

Yo he de comprarte a don Fernando.

ELENA:

Creo
que aunque busquéis para tan necio empleo
más piedras y oro y perlas que un poeta
para pintar un día,
no os venderán una chinela mía.
El hombre sale a Dios.

FLORENCIO:

Mujer discreta,
pero taimada.

RICARDO:

Vamos, que yo espero
mi remedio en engaño o en dinero.

(VASE.)

(SALE FABIO.)

FABIO:

Don Juan sale a recibirte,
y las camisas di a Pedro.

ELENA:

Pues vete, así Dios te guarde,
que tengo cierto secreto

que me dijo mi señor
que dijese a don Juan.

FABIO:

Vuelvo
dentro de un hora por ti.

ELENA:

Vuelve poco más o menos.

FABIO:

¿Quién son aquellos lindones
que te hablaban?

ELENA:

Caballeros
que, cansados de faisanes...,
ya entiendes Fabio.

FABIO:

Ya entiendo.

ELENA:

¿Celitos?, soy yo muy propia
para oír la caícelos.

FABIO:

Por el agua de la mar
que he de darles, si los veo
otra vez, una mohada,
que llaman acá los diestros,
la de Domingo Gayona.

ELENA:

¿Son estos los aposentos
de don Juan?

FABIO:

Sí.

ELENA:

Vete.

FABIO:

Adiós.

(VASE

Y SALE DON JUAN Y PEDRO.)

DON JUAN:

Mal podré tener contento,
Pedro, con tanta desdicha;
hoy a mis hábitos vuelvo.

PEDRO:

No debió de poder más,
que por ventura la hicieron
fuerza su tío y su primo.

DON JUAN:

¿Qué fuerza, si fue el concierto,
que a casarme volvería?

PEDRO:

Como no lo hiciste luego,
entró la desconfianza,
que no hay cosa que más presto
rinda y mude una mujer.

DON JUAN:

En lo que su engaño veo,
es en negar sus criados,
y decir que no supieron
quién le llevó, o dónde fue.

PEDRO:

Hablemos, señor, primero
esta esclava de tu padre,
que dicen que es su gobierno,
y no mudemos de ropa,
que será sin grande acuerdo
vender risa a la ciudad.

DON JUAN:

Buen talle.

PEDRO:

Y gentil aseo.

DON JUAN:

No he visto esclava en mi vida
de mejor traza.

PEDRO:

El invierno
tenga yo tales frazadas,
y los veranitos frescos
estas colchas de la China.

ELENA:

Temblando me está en el pecho
el corazón, señor mío,
hoy a vuestros pies presento
una esclava.

DON JUAN:

No prosigas.
Jesús, Jesús, ¿qué es aquesto?,
alza el rostro, no le bajes.
¿Qué es esto, Pedro?

ELENA:

Bien puedo,
si las lágrimas me dejan.

PEDRO:

Señor, vive Dios que creo
que habemos los dos bebido.

DON JUAN:

¡Ay, Pedro!, lágrimas bebo
de un ángel, pero bien dices
que esto es locura, o es sueño,
háblame, señora mía,
háblame, y dime si tengo
mi fantasía en tu sombra
fuera de mi entendimiento.

PEDRO:

Señora, dime quién eres,
han hecho algún embeleco
estas moras de Sevilla.
¿Eres tú quien eres? Presto,
que estoy por huir de ti.

ELENA:

Yo soy, don Juan; yo soy, Pedro;
que, quién sino yo pudiera
arrojar al mar soberbio
de tu padre, honor y vida.
Que de una amiga, sabiendo
que dar quería a un esclavo
hacienda, este pensamiento
se me puso en la memoria,
y ejecutolo el deseo.
Tuve tal felicidad
que ya de tu padre tengo
hacienda y casa en mi mano.
Hoy me descubrió su pecho,
y me dijo que sabía
que habías venido enfermo,
y que venías a curarte,

siendo yo cierva que vengo
llena de flechas de amor
al agua de mi deseo.

ELENA:

Este dinero me ha dado
tan declarado y tan tierno,
que a los ojos se asomaban
las lágrimas por momentos,
como a ventanas doncellas,
que andan cerrando y abriendo.
Díjome que yo te diese,
en razón del casamiento,
consejos que no te doy,
que son contra mí consejos.
Fingí hierros en mi cara,
porque están los verdaderos
en el alma, señor mío,
donde no los borra el tiempo.
Hierro es este de mi cara,
porque el del alma es acierto,
que solamente por mí
se dijo acertar por hierro.
Hierro parece, y es flecha,
que del arco de sus celos
amor me tira a la boca,
porque le sirva de sello.
Haz que me pongan tu nombre,
porque sepan muchos necios
(que fundan en intereses
todos los amores nuestros)
que hubo una mujer que fue
por solo agradecimiento
esclava de su galán,
por el nombre y por los hechos.

DON JUAN:

Dulce esclava de mi vida,
de mi libertad, señora,
hierro que mi alma adora,
señal por mi bien fingida.
Hoy ha de quedar corrida
la griega y romana historia,
pues en vuestro honor y gloria,
que para siempre ensalzáis,
con esta hazaña dejáis
en olvido su memoria.
Templado habéis mis enojos,
porque el esclavo recelo,
que es como signo en el cielo,
para el sol de vuestros ojos,
templad también mis antojos,
porque está el alma tan loca,
que a imaginar me provoca,
que es la señal que en vos veo,
porque no yerre el deseo
el camino de la boca.
Que érades ida pensé,
luego que os busqué en Triana,
allí me hallé de mañana,
¡qué triste noche pasé!
Es posible que os hallé,
y solo el errado fui,
pero siendo el yerro aquí
de vuestra cara fingido,
en siendo vuestro marido
me la pasaréis a mí.
Que, como suele en la imprenta
pasar la letra el papel,
vendré yo a quedar con él,
y vos de ese yerro esenta,
mirando está el alma atenta
cómo le podrá pasar,
donde en inmortal lugar

le pueda traer por vos;
pero presto querrá Dios
que lo podamos trocar.

(SALE SERAFINA.)

PEDRO:

Señor, Serafina.

ELENA:

¿Quién?

SERAFINA:

A ver vengo vuestra esclava.

DON JUAN:

¿Esclava aquesta señora?
Es Serafina, la hermana
de Leonardo, grande amigo
de mi padre.

ELENA:

¡Qué gallarda!,
¡qué gentil!, ¡qué bien dispuesta
señora!

SERAFINA:

¡Qué bella esclava!

ELENA:

No codiciéis en el mundo
otra cosa, ni otra esclava,
si aquesta dama tenéis.

SERAFINA:

Pues amiga, ¿cómo os llaman?

ELENA:

Bárbara, señora mía.

SERAFINA:

Pues Bárbara, no soy dama,
sino mujer de don Juan.

ELENA:

¿Que sois vos con quien se casa?

SERAFINA:

A lo menos, lo he de ser.

ELENA:

Eso solo me faltaba
para dar el parabién,
a cierta loca esperanza.

SERAFINA:

¿Quién hizo aquellas camisas?

ELENA:

Esas mujeres las labran
que sirven a mi señor.

SERAFINA:

Mejores están guardadas
para cuando quiera Dios.

DON JUAN:

Vete con Dios, que te tardas,
Bárbara.

ELENA:

Sí, mejor es,
pues aquí ya no hago falta,
y en mi casa podrá ser.

(SALE FINEA, ESCLAVA DE SERAFINA.)

FINEA:

Aquí, señora, te aguarda
una visita.

SERAFINA:

¿Quién es?

FINEA:

Tu grande amiga Lisarda.

SERAFINA:

Perdonad, señor don Juan,
luego volveré.

DON JUAN:

No salgas,
Bárbara, sin que te lleve
Pedro desde aquí a tu casa.

ELENA:

Tú me detienes en tiempo
que está reventando el alma,
por dar voces, si deseas,
que declare cuanto pasa,
bien harás en detenerme.

DON JUAN:

Detenla, Pedro.

PEDRO:

No vayas
enojada, hermosa Elena,
hasta que sepas la causa,
por que dijo Serafina
aquellas necias palabras.

ELENA:

¿Enojada yo, por qué?
¡Ah, perro! quién te sacara

el alma.

PEDRO:

Tente señora,
tente, por Dios, que me matas.

DON JUAN:

Si engañar esta mujer
ha sido ofensa que agravía
la verdad de nuestro amor,
deja a Pedro, y tu venganza
ejecuta en mí, que soy
desdichado en tu desgracia.

ELENA:

En vuestra merced, ¿por qué?
Si los hábitos dejara
por esta dama, que puede
serlo de un grande de España,
¿quién hizo aquellas camisas?,
mejores están guardadas
para cuando quiera Dios.
¡Qué bien, qué buena cristiana!
Dios le cumpla sus deseos,
¡Ay de aquella desdichada,
vendida por un traidor!

DON JUAN:

Si no escuchas, nadie basta
a poder satisfacerte.

ELENA:

¡Que pusiese yo en mi cara
esta cédula, este hierro
que publicase mi infamia,
para que todos le lean!

PEDRO:

Señora, ¿por qué te acabas
y quitas la vida a un hombre,
que solo de verte airada,
no sabe tomar consejo?

ELENA:

Hasta agora no fui esclava,
doña Elena fui hasta agora,
ya soy la Elena troyana,
incendio soy de mí misma,
mi propio fuego me abrasa;
quien me ha robado el honor
es quien me vende a mi patria.
Traidor Paris de Sevilla,
firme Elena de Triana,
pero un don Juan me vende,
y el esclavo que maltratan
huye del dueño, perdone
don Fernando, que a Triana
me vuelvo, y de allí a Jerez,
porque esclava por esclava,
quiero serlo de mi primo.

DON JUAN:

Oye.

PEDRO:

Espera.

DON JUAN:

Tente.

PEDRO:

Aguarda.

(HUYE.)

DON JUAN:

Ve tras ella.

PEDRO:

Voy.

DON JUAN:

Hoy hace fin mi esperanza.

Acto III

SALEN FLORENCIO Y RICARDO.

FLORENCIO:

¿Esos eran los enojos,
recebille y regalalle?

RICARDO:

Es padre, no hay que culpalle,
que los hijos y los ojos
tienen poca diferencia,
antes bien la espiración
de aquella pronunciación,
suspiros son de su ausencia.
En efecto, está don Juan,
después de tanta porfía
con la paz que antes tenía,
con hábito de galán.

[-os]

[...] Pensaréis

que ama a Bárbara, y tendréis
desta sospecha testigos,
en que no sale de casa
sin ver, que vergüenza es,
que los amigos después
que supieron que se casa.

RICARDO:

Si amor y celos tuviera,
cualquier injusto rigor
fuera como mal de amor,
y como amor le sufriera
celos con una bajeza,
que el valor de amor infama.

FLORENCIO:

¿Donde hay tan hermosa dama,
con tanta gracia y belleza,
una esclava os trae perdido?

RICARDO:

Amor no tiene elección.

(SALE DON FERNANDO Y FABIO.)

DON FERNANDO:

Alguna causa y razón
esta mudanza ha tenido.
Bárbara no tiene ya
la alegría que solía.
Muy contenta me servía,
triste por extremo está.

FABIO:

Como don Juan, mi señor,
ha venido, y has mostrado
en regalalle cuidado,
y a Bárbara poco amor,
estará con sentimiento.

DON FERNANDO:

¿Una esclava ha de querer
y ser como un hijo, y tener
el mismo merecimiento?

FABIO:

Culpa al principio tuviste,
como a hija la trataste
y como el amor mudaste,
no te espantes, que ande triste;
si no es que aquel gentilhombre,
que nunca deja esta puerta,
algo con ella concierta.

DON FERNANDO:

Con bien diferente nombre
me la vendió el capitán.

FABIO:

Pues si no es esto, señor,
serán celos del amor
que le muestras a don Juan.

DON FERNANDO:

¿Es aquel el caballero
que dices?

FABIO:

El mismo es.

RICARDO:

Con lo que veréis después,
remediar mi pena espero,
que sin alguna invención
es imposible mover
el pecho desta mujer.

FLORENCIO:

Siempre más fáciles son
con sus iguales, mas fuera
mejor compralla.

RICARDO:

Ese intento
fuera loco pensamiento,
por un millón no la diera.
Pienso que repara en mí.

FLORENCIO:

Vamos, que os está mirando.

(VANSE FLORENCIO Y RICARDO.)

DON FERNANDO:

Si la esclava inquietando
anda, Fabio, por aquí,
sabré yo darle a entender
que respeto ha de guardar
a mi casa.

FABIO:

Codiciar
la gracia desta mujer
no te espante, que es hermosa,
y su limpieza y aseo
solicitan el deseo
de la juventud ociosa;
todos se prometerán
facilidad, en bajeza,
y yo sé que hay aspereza.

DON FERNANDO:

Mucho se tarda don Juan.

FABIO:

La caza, señor, divierte.

DON FERNANDO:

Desde que hoy amaneció,
está en el campo, aunque yo
lo tengo por buena suerte;

pues con eso entretenido,
pienso que se le ha olvidado
el casamiento tratado.

FABIO:

Todo lo ha puesto en olvido.

(SALE DON JUAN, DE CAMPO.)

DON JUAN:

Mira, Fabio, ese caballo,
que Pedro se queda atrás.
¡Oh, mi Señor!, ¿aquí estas?
Gracias a Dios que te hallo
con la salud que deseo.

DON FERNANDO:

Seas, don Juan, bien venido,
¿cómo en el campo te ha ido?,
que ha un siglo que no te veo.

DON JUAN:

Vuelvo a besarte la mano
por tal favor, pero quiero
contarte.

DON FERNANDO:

Eso no, primero
descansa.

DON JUAN:

Escucha.

DON FERNANDO:

Es en vano,
tiempo queda en que podrás.
¡Hola!

(SALE DOÑA ELENA.)

ELENA:

Señor.

DON FERNANDO:

Llega allí;
descalza a don Juan.

DON JUAN:

¿A mí?

DON FERNANDO:

¿Pues es más que los demás?
Siéntate.

DON JUAN:

Pedro, señor,
vendrá ya.

DON FERNANDO:

¿Qué novedad
es aquesta?

DON JUAN:

Ea pues, llegad.

DON FERNANDO:

Ven luego a comer.

(VASE.)

DON JUAN:

Qué error
de mí y que favor
de mi buena dicha ha sido
el no haberte conocido.
Ángel, la mano tened.

ELENA:

Deme el pie vuestra merced.

DON JUAN:

Miro si mi padre es ido,
para darte mil abrazos.

ELENA:

Deme el pie, vuelvo a decir.

DON JUAN:

Ya no es tiempo de reñir,
sino de darme los brazos.

ELENA:

Antes los haré pedazos.

DON JUAN:

Pues volvereme a enojar,
que no te pensaba hablar
por los celos que me has dado,
que bien sabes que has hablado
con quien me los puede dar.
De verte me enternecí,
y te he perdonado ya.

ELENA:

Tarde pienso que hallara
vuesa merced para mí
satisfacción, aunque aquí,
como será, se regale
al sol, puesto que se vale
de la invención que propone,
porque no hay, que me perdone,
y del propósito sale
que Ricardo me hable a mí,
cuando por la puerta pasa;
qué importa si él en su casa
habla a Serafina así.

DON JUAN:

Es fuerza.

ELENA:

Es amor.

DON JUAN:

¿Y?

ELENA:

Él, sí,

que hablarme un hombre, saliendo
algún recaudo, o volviendo
a casa, no es en mi mano,
mas, vuesa merced en vano
se disculpa, conociendo
el pesar que me hace a mí.

DON JUAN:

A tantas vuestas mercedes,
mira que matarme puedes,
dueño de mi alma, ansí
que desde que te la di
aborrecí cuanto amaba.

ELENA:

¿Dueño yo, siendo su esclava
de vuestra merced?

DON JUAN:

Ya es eso
traición, malicia y exceso,
amor, no, condición brava.
Ya estoy rendido, ¿qué quieres?
Por Dios, que de tú me nombres,
qué tiernos somos los hombres,
qué fuertes sois las mujeres.

ELENA:

Tú dices que tierno eres,
siempre habemos de buscar.

DON JUAN:

Siempre habemos de rogar.
¿Quién no se deja morir
para no llegar a oír
tu término de matar?
¡Ay!, ¡si en el campo me vieras
de pechos sobre una fuente,
aumentando su corriente
con lágrimas verdaderas!

ELENA:

¿Por Serafina?

DON JUAN:

¿Hay locura
tan grande?, que si procura
su olvido matarme así,
yo quiero imitar de ti
la misma descompostura.
Señor, ¿esta es doña Elena,
con quien pretendí casarme?
ven a matarme.

ELENA:

A matarme
vendrá primero tu pena.

DON JUAN:

Déjame.

ELENA:

La lengua enfrena,
loco de mis ojos.

DON JUAN:

¿Qué?

ELENA:

De mis ojos dije, erré.

DON JUAN:

Ya lo dijiste, ya eres
mi dueño.

ELENA:

Sí, pues quieres
que yo te quiera sin fe.

(ENTRA PEDRO, DE CAZA.)

PEDRO:

Gracias al cielo que os veo
en paz.

DON JUAN:

Cómo te has tardado.

PEDRO:

El pájaro lo ha causado,
que es algún demonio, creo.
Que haya quien cace en el mundo,
que vaya siguiendo en fin
un hombre con un rocín,
que le despeñe al profundo.
Aves que andan por el viento,
solo hallo disculpados
los naipes, porque sentados
es dulce entretenimiento,
que quién puede en trucos sufrir
dos torneadores crueles,
y una mesa sin manteles
con dos varas de medir,

que parecen las casitas
de corral de vecindad,
con mucha curiosidad
tirándose las bolitas.

PEDRO:

Cuerpo de tal con la flema,
pues otros que juzgan solos,
toda una tarde a los bolos,
quebrantándose por tema,
de qué salen derrengados
por enderezar la bola,
y otros que con ella sola
tiran por sendas y prados.
Con los mallos o los mazos,
si es ejercicio, y no vicio;
la esgrima es lindo ejercicio
para hacer fuertes los brazos.
Que no ejercitar la espada,
es causa que en la ocasión
falte el aliento, estas son
para juventud honrada.
Las cazas y pajarotes,
allá son para los reyes
que tienen libros y leyes,
porque con dos matalotes,
y un neblí tuerto de un ojo;
¿quién diablos sale a cazar?

DON JUAN:

Vete, Pedro, a descansar,
que vienes con mucho enojo,
y vos, mi bien, ya quedáis
en paz conmigo.

ELENA:

Primero
quiero que jures.

DON JUAN:

Yo quiero;
juro que vos me matáis.

ELENA:

De no ver al serafín
que piensa que has de ser suyo.

DON JUAN:

Eso juro, y de ser tuyo.

ELENA:

¿Y el serafín?

DON JUAN:

Serafín,
en mi vida le veré.

PEDRO:

Sino a ti que lo eres mía,
¡qué glosa hacerse podía!

ELENA:

¿Cómo?

PEDRO:

Escucha.

ELENA:

Di.

PEDRO:

Diré.
Es el ti, diminutivo
del tú y es hijo del mí,

porque regala así
con el acento más vivo.
Que el tú es bajo, y el tiple es mí.
Tú mandas, tú desafía,
tú es trompeta, tú es cochero,
ti es clarín, ti es chirimía,
y por eso al tú no quiero,
sino a ti, que lo eres mía.

DON JUAN:

Tal te dé Dios la salud.

ELENA:

Tu padre llama, y no entienda
que hablamos.

DON JUAN:

Adiós, mi prenda.

ELENA:

Adiós.

(VANSE LOS DOS.)

DON JUAN:

¡Qué dulce inquietud!

ELENA:

Qué poco sabe sufrir
una locura de amor,
pero, quién tendrá valor
para dejarse morir,
o no se había de ir,
o no amar, que no hay porfía
de celosa fantasía,
que estándose defendiendo,
dure sin rendirse oyendo,
sino a ti, que lo eres mía.

Celos, si estáis satisfechos,
¿qué queréis?, dejadme aquí,
que pues que ya me rendí,
ya debéis de estar deshechos.
Si más daños que provechos
resultan de mi porfía,
crueldad matarme sería,
no tiréis flechas al aire,
que dijo con gran donaire,
sino a ti que lo eres mía.

(ENTRA FINEA.)

FINEA:

Bárbara, es tiempo de verte.

ELENA:

¿Qué quieres, Finea amiga?,
después que el señor don Juan
vive en casa, no hay quien viva.
Porque con la ocupación
de valonas y camisas,
ni yo sé cuándo es de noche,
ni menos cuándo es de día.

FINEA:

Qué trabajos.

ELENA:

¿Cómo está
tu señora Serafina?

FINEA:

Dala al diablo, que se ha hecho
un tigre, una sierpe libia,
mejor fuera ya llamarla
demonia que Serafina,
que, como está enamorada,

no hay quien la sufra, ni sirva;
todo es mirarse al espejo,
todo es joyas y sortijas.
Endemoniarse o enmoñarse,
ya se toca, ya se enriza,
todo es mirar, si le ve,
y todo ver, si la mira,
todo acechar por las rejas,
que están ya las celosías
cansadas de darle calle.

ELENA:

¿Hácele muchas visitas
mi amo?

FINEA:

Siempre está allá.

ELENA:

¿Siempre?

FINEA:

Es lindo rompe sillas,
al cinco de oros parecen
los dos, que siempre se miran,
el ensillado y mi ama,
como cuadro de Sevilla,
ensalzada y enfrenada.

ELENA:

¿Quiérense mucho?

FINEA:

Suspiran
como borricos en prado.

ELENA:

¿Casaranse?

FINEA:

Eso porfían.

ELENA:

¿A qué venías?

FINEA:

A darle
este papel de mentiras;
y a fe que tiene un secreto.

ELENA:

¿Qué secreto?, por tu vida.

FINEA:

Bárbara, no lo preguntes,
no es posible que lo digas.

ELENA:

¿Esa es la amistad?

FINEA:

Perdona.

ELENA:

¿Y si jurase?

FINEA:

Aún podría
ser que lo dijese.

ELENA:

Yo
soy tu verdadera amiga,
dame el papel, que don Juan
vino de caza, que el día
le halló en el campo; y descansa,

que el secreto, pues porfías,
ya no lo quiero saber.

FINEA:

Si no juraste.

ELENA:

Si obliga
el juramento, yo juro
que nunca vuelva a las Indias,
que es lo que yo deseo
desde que vine de Lima,
si revelare el secreto.

FINEA:

Pues sabe que una vecina...
¿Óyenos alguien?

ELENA:

No hay nadie.

FINEA:

Que es una sabia Felicia,
ha perfumado el papel
con veinte borracherías,
para que don Juan se case,
dásele y no se lo digas,
así Dios nos libre a entrambas.

ELENA:

El secreto que me fías,
haré escritorio del alma.

FINEA:

Pues adiós, que voy de prisa
a ver aquel pajecillo,
que me viste el otro día

(VASE.)

hablar junto a cal de Francos.

ELENA:

¡Qué poco duran las dichas!,
tornasol parece el bien,
que a cualquier parte la vista,
conforme la luz que toma
halla la color distinta.
¡Ay, Dios!, ¿por qué persevero
en tal vida, en tal porfía,
por qué aguardo desengaños,
donde tantos me la quitan?
Cuando en mejor ocasión
a Triana me volvía,
¿por qué me tuviste, amor,
con lágrimas y mentiras?
Qué mujer fui tan mudable,
pues no ha una hora que decía
don Juan, con alma traidora,
que era yo su alma y vida.
Ojala fuera yo, que el mismo día
yo me matara si lo fuera mía.

(ENTRAN PEDRO Y DON JUAN.)

DON JUAN:

No es posible sosegar.

PEDRO:

No es mucho teniendo amor;
mata el desdén y el favor,
suélense siempre hermanar:
y todo, en fin, es perder
el seso por disparates.

DON JUAN:

Elena mía.

ELENA:

No trates
de hablarme, que no ha de ser
esta vez, como hasta aquí.
Yo no digo que me iré,
sino que aquí me estaré,
a ver lo que haces de mí.
Yo quiero aguardar a ver
tu casamiento, y te ruego,
porque importa a mi sosiego,
que hoy sea, si puede ser,
o por lo menos mañana,
que con dejarte casado,
iré, don Juan, sin cuidado,
iré contenta a Triana.
Allí mi primo y mi tío,
si no han venido, vendrán;
poco me debes, don Juan,
pues solo pasar el río,
por esa puente me debes
con este yerro fingido,
por quien vendida he sufrido
penas y trabajos breves.
Que no fui a Lima por ti,
ni por barcos, horizontes,
pasé mares, subí montes,
ni hacienda, ni honor perdí.
Vuelvo con manos y pies,
¿qué hay perdido?

DON JUAN:

¿Qué es aquesto,
Pedro amigo?

PEDRO:

Es agua en cesto,
humo, espuma y viento es,

es un puñado de arenas,
es cuando el austro se mueve,
cielo que hace sol y llueve,
y es luna menguante y llena;
desde lo de la costilla,
no tienen segura espalda,
cual eres para giralda
de la torre de Sevilla.

DON JUAN:

¿Hay tan estraña mudanza?,
¿aún no aguardarás un hora
para mudarte, señora?

ELENA:

¡Ay de mí, loca esperanza!

DON JUAN:

Mi bien, yo salí de aquí
y de tus brazos también;
¿quién te ha mudado, mi bien,
en cuanto de aquí salí?

ELENA:

Menos mi bien, que no estoy
para ser su bien, y advierta
que es esta verdad tan cierta,
que el testigo no le doy.
En este papel tan tierno,
como de aquel su cuidado,
porque viene perfumado
con pastillas del infierno.
Aquí le trujo la esclava
del serafín que visita,
pues está la retroescrita,
¿para qué me la negaba?
Porque se ha de enamorar
con él, no le ha de leer,

ni yo, para no lo ser,
de quien quisiera matar
con las manos y los dientes.

DON JUAN:

Elena, si agora vengo
del campo, ¿qué culpa tengo
de esos locos accidentes?
Tener celos con razón,
no es mucho, pero sin ella,
quien lo quisiere, atropella
con tal determinación.

ELENA:

Dice este señor muy bien,
y Pedro dirá que es justo,
y que no le den disgusto,
y yo lo diré también.
¿No es verdad, Pedro?

PEDRO:

Señora,
no apruebo esa mansedumbre,
que callar con pesadumbre
arguye traición traidora.
¿Qué importa que Serafina
haya escrito este papel?

ELENA:

Ser moreno y moscatel
es un flamenco en la China;
pero porque es necesario
que la historia se declare,
lo que de aquí resultare,
sabrà para otro ordinario.
Y solo por culpa mía
le digo a más no poder,

que mal haya la mujer,
que de palabras se fía.

PEDRO:

Espera un poco.

ELENA:

No hay poco,
sino mucha rabia y pena.

(VASE.)

DON JUAN:

Yo pienso, Pedro, que Elena
pretende volverme loco.

PEDRO:

No te espantes, si a sus manos
llegó este negro papel,
ya no blanco, pues lo es él
de celos tan inhumanos
declárate que es morir
andar templando el humor
deste jumento de amor.

(SALEN RICARDO Y FLORENCIO.)

RICARDO:

Esto le vengo a decir.

FLORENCIO:

Quedo, que está aquí don Juan.

RICARDO:

A vuestro padre buscaba.

DON JUAN:

Que es señor lo que mandáis,
que presumo que descansa.

RICARDO:

Señor don Juan, he pensado
que notan en esta casa
que hable a esta esclava vuestra,
porque la malicia humana
siempre piensa lo peor,
y que con esto se cansa
de mí el señor don Fernando.
Y es que si con ella hablaba,
era para reducilla
por bien o por amenazas
que ante la justicia diga
los días que ha que me falta.
Porque un día me la hurtó
un soldado, que engañada
con casamiento y amores,
la embarcó y la trujo a España.
Ella porque a caso os mira,
niega, mas no importa nada,
que la verdad siempre vence.

DON JUAN:

Y muchas veces se engañan
los ojos, y puede ser
que le parezca esta esclava
a la que os llevó el soldado.

RICARDO:

El nombre, el rostro y la habla,
la ha de tener, sin ser ella.
Yo bien pudiera sacarla,
como lo haré, sin dinero,
probando que es prenda hurtada;
pero por estar aquí,
y respetar vuestra casa,
daré el precio que costó.

DON JUAN:

Vuestra merced, su probanza
haga por allá, y no crea
que toda la plata indiana
será de Bárbara precio;
y en esto, pocas palabras,
porque siento que me burlen.

RICARDO:

Todo lo que aquí se trata
es tan de veras, que presto
os lo dirá la probanza,
remitiendo a la justicia
lo que no es justo a la espada.

(VASE.)

PEDRO:

¿Hay semejante maldad?

DON JUAN:

Mi paciencia ha sido tanta,
porque he pensado, y es justo,
que como los años pasan,
pensara este caballero
que esta es Bárbara, su esclava,
por el nombre y porque, a caso,
tendrá alguna semejanza
con la que en Indias tenía.

PEDRO:

Esa habrá sido la causa
de hablarla y de darte celos.

DON JUAN:

Confieso que me los daba,
como Serafina a Elena,
mas dime qué haré.

PEDRO:

Quitarla
este necio pensamiento,
de que con ella te casas.

DON JUAN:

¿Cómo?

PEDRO:

Hablando y regalando,
y jurando que si hablas,
juras y regalas, no es
mar, monte, ni tigre hircana,
sino mujer tierna, sola,
que oye, entiende y ama.

DON JUAN:

Que desdichados amores,
cuando esto en Grecia pasara,
no era mucho, pero es mucho
entre Sevilla y Triana,
temo su honor y mi vida.

(SALE FABIO.)

FABIO:

Si albricias, señor, me mandas,
sabrás las mejores nuevas
que pudo esperar tu casa.

DON JUAN:

Yo te las mando.

FABIO:

Han de ser
las que de tu mano aguardan
mi servicio y mi deseo.

DON JUAN:

Di, presto.

FABIO:

Vino la plata,
¿pudo ser más presto?

DON JUAN:

¿No hay cartas?

FABIO:

Trujo la carta
Leonardo, y por las albricias
a Serafina, su hermana,
tu padre un diamante envía,
y allá no sé qué se tratan
los dos.

DON JUAN:

¿Y quién llevó el diamante?

FABIO:

Bárbara.

PEDRO:

De toda España
será esta plata el remedio,
suplirá, señor, las faltas
de las pasadas fortunas.

FABIO:

Las albricias que me mandas
no te han de costar dinero.

DON JUAN:

¿Qué quieres?

FABIO:

Yo solo que vayas
y le pidas, a señor.

DON JUAN:

Di lo demás, ¿qué te paras?

FABIO:

Que con Bárbara me case,
porque es india, aunque es esclava
y de gente principal.

DON JUAN:

Pedro, solo esto faltaba.

PEDRO:

Si quiere lo que tú quieres,
milagros son de su cara.

DON JUAN:

¿Hasla hablado?

FABIO:

Ayer la hablé,
y púsose como un nácar.

DON JUAN:

Ahora bien, a hablarla voy.

FABIO:

Vivas más por merced tanta
que un bando en ciudad pequeña.

DON JUAN:

Hoy se juntan mis desgracias,
¿qué habrá que no me persiga?

(VASE.)

PEDRO:

Brava mujer, Fabio.

FABIO:

Brava.

PEDRO:

Tuya pienso que será,
aunque el casamiento amansa.

(VANSE.)

(SALE ELENA, SERAFINA Y FINEA.)

SERAFINA:

Aquella ropa, Finea,
a Bárbara le darás,
y a tu señor le dirás
que el rico diamante emplea
en sola mi voluntad.

ELENA:

Y en vuestro merecimiento,
que aun le juzgo atrevimiento
si valiera una ciudad.

SERAFINA:

¿Ya, Bárbara, no me ves?,
solíamos ser amigas.

ELENA:

¡Ay, señora, no lo digas,
por tu vida!, que después
que vino a casa don Juan,
mi señor, no tengo un punto
de descanso, porque junto
todo el trabajo me dan.
Piensas que la hacienda es poca,
todo es lavar, jabonar

y almidonar, no hay lugar
para ponerme una toca.

SERAFINA:

Pues no se te echa de ver,
envidia tengo a tu aseo.

ELENA:

Antes, si os veis, como os veo,
de vós la podéis tener,
que si ya por él no fuera,
veros fuera mi placer.
¿Pero cómo os puedo ver,
si nunca veros quisiera?

SERAFINA:

Eso que te cansa a ti,
tuviera yo por regalo.

ELENA:

Pues es para mí tan malo
que vivo fuera de mí.

SERAFINA:

Yo, como quiero a don Juan,
solo servirle deseo.

ELENA:

Yo también, mas siempre veo
que pesadumbre me dan.

SERAFINA:

Poca tendrás, que ya está
mi casamiento tratado;
porque se ha desengañado
don Fernando de que ya
es imposible volver
al hábito que solía.

ELENA:

Deseando estoy el día
que don Juan tenga mujer,
para pedir libertad.

SERAFINA:

Tú la tendrás, si yo puedo.

ELENA:

Si vos os casáis, ya quedo
libre, ¡ay, si fuese verdad!

SERAFINA:

Ruégalo, Bárbara, a Dios,
y aunque yo no lo merezca,
siempre que ocasión se ofrezca
de que estéis juntos los dos,
dile alabanzas de mí.

ELENA:

¡Y cómo si las diré!

SERAFINA:

Un vestido te daré.

ELENA:

Como eso espero de ti.

SERAFINA:

Enamórale, que puede
mucho una buena tercera.

ELENA:

Puesto que no lo estuviera,
tengo de hacer que lo quede.

SERAFINA:

Pues abrázame, y a Dios.

ELENA:

Él os guarde, Reina mía.

(ABRÁZANSE.)

SERAFINA:

¡Ay!, llegue Bárbara el día
que estemos así los dos.

(VASE.)

ELENA:

Cansose la fortuna en perseguirme,
que ya no tiene mayor mal que hacerme,
qué necia he sido yo, por mujer firme,
¿qué puedo ya perder, sino el perderme?
Vamos a donde salga a recibirme
aquel traidor que acaba de venderme,
que fundado en el gusto de engañarme
por matarme no acaba de matarme.
Entrando voy por esta casa agora,
como quien sube pasos a la muerte,
y a penas tiene ya de vida un hora,
y en esa voy, dulce enemigo, a verte,
este yerro de amor que el amor dora,
esta crueldad de mi fineza advierte,
esta será blasón para mi nombre,
que ha de informar la ingratitud de un hombre.

(SALE DON JUAN CON GABÁN, COMO QUE SE LEVANTA, Y PEDRO.)

DON JUAN:

Muestra ese espejo.

PEDRO:

¿A qué efecto,
si está aquí Elena, señor?

DON JUAN:

Con la tapa del rigor
no será el cristal perfeto.

PEDRO:

Criados hay por aquí,
mirad los dos cómo habláis,
que celosos no miráis
en que os miren.

DON JUAN:

Es así,
llega y ponme esta valona.

ELENA:

No quiero.

DON JUAN:

Qué buena esclava.

ELENA:

Cuando lo fuera, no estaba
obligada mi persona
a llegaros a la cara,
eso es de propia mujer,
llamadla que lo ha de ser,
que a mí me cuesta muy cara.

DON JUAN:

Huélgome de que lo niegues,
pues quedo como es razón,
libre de la obligación.

ELENA:

Que la escritura me entregues
aguardo.

DON JUAN:

¿Cuál escritura?

ELENA:

Esa de tu casamiento,
porque es el apartamento
que mi libertad procura.

DON JUAN:

No, sino lo que Ricardo
dice que tiene de ti.

ELENA:

¿Qué Ricardo?

DON JUAN:

Vino aquí
ese tu amante gallardo,
y dice que eres su esclava,
y que un soldado te hurtó,
y esto bien lo entiendo yo.

ELENA:

Pues no, si tan claro estaba.

DON JUAN:

¿Y cómo, si es invención
que entre los dos se ha tratado
para irte sin cuidado
de mi padre y tu opinión?

ELENA:

Cuando yo me quiera ir,
¿a dónde me han de buscar?

DON JUAN:

Pues yo me quiero vengar,
que sé amar, y no fingir,
llega, llega.

ELENA:

Si llegara,
si en cada mano tuviera
cinco puñales.

PEDRO:

Hiciera
rallo tu cara.

DON JUAN:

Repara
en la crueldad con que vienes.

ELENA:

Qué importa que te quitara
la cara, pues te dejara
una de las dos que tienes.

PEDRO:

Esta amistad quiere hacer.

ELENA:

Con este principio.

PEDRO:

Diome.

ELENA:

Eso el alcahuete tome
mientras que le vuelvo a ver.

(SALE DON FERNANDO.)

DON FERNANDO:

¿Qué es esto, Bárbara?

ELENA:

Ha dado
Pedro en requebrarme.

DON FERNANDO:

Ha hecho
muy bien.

PEDRO:

Estoyme burlando.

ELENA:

Conmigo se burla el necio.

DON FERNANDO:

Don Juan, pues ya estás vestido,
esta mañana vinieron
Leonardo y el escribano,
entra por tu vida adentro.
Firmaremos la escritura,
que los suyos y mis deudos
han ido por Serafina,
tu mujer, porque en sabiendo
que fue, por quien has dejado
aquel intento primero,
como ella propia me ha dicho,
y que siendo tu deseo,
no tuve que preguntarte.
Hicimos nuestro concierto,
con el secreto que es justo;
en fin, te casas sin suegro
y con veinte mil ducados.

DON JUAN:

Agora señor, tan presto,
mirémoslo más despacio.

DON FERNANDO:

¡Por Dios, don Juan!, que no entiendo
tu condición, ni casado,
ni clérigo.

DON JUAN:

Yo no puedo
dejar de serte obediente,
pero digo que pensemos
si acertamos más despacio.

DON FERNANDO:

¿Si acertamos, majadero?,
¿merecéis vós descalzar
a Serafina?, ¿qué es esto?
Dejáis cinco mil ducados
por ella, y agora, necio,
queréis quitarme el juicio.
Entrad dentro.

DON JUAN:

Voy. ¡Ay, Pedro!,
quédate aquí con Elena.

PEDRO:

Hablando de Elena quedo.

DON FERNANDO:

¡Ea!, Bárbara, esta casa
me poned como un espejo,
aderezad ese estrado.
¿Tristeza?, ¿pues qué tenemos?,
¿qué cara es esa?, no habláis,
días ha, perra, que os veo
muy triste y muy entonada.
Vós pensáis que no os entiendo,
érades ya la señora
y, con este casamiento,
os pesa que Serafina
a esta casa venga a serlo,
que desde que se trató,
andáis que es vergüenza veros.

Estábades enseñada
a hombre solo, pues poneos
de lado, que tengo nuera,
que ha de tener el gobierno
y las llaves de mi casa.
¿Pues que te parece, Pedro,
desta esclava?

PEDRO:

Señor,
tiene poco entendimiento.
La mejor, cuando se emperra,
tiene estos reveses, creo.

DON FERNANDO:

Creo
que la habremos de vender.

(VASE.)

ELENA:

¿A dónde habrá sufrimiento
para tan grandes fortunas?
Ya no me bastaba, cielos,
perder honra y opinión,
sino pasar por desprecios
de esclava, como si fuera
verdad que lo soy, mas pienso
que siempre lo fui, y el hombre
que me ha perdido, es mi dueño.
Pedro, ¿sabes tú quién soy?

PEDRO:

¿Qué dices?

ELENA:

En algún sueño
pensé que era de Triana

una mujer que trujeron
de México, allí, sus padres,
su nombre, si bien me acuerdo,
era doña Elena.

PEDRO:

Mira
que este triste pensamiento
te vuelve loca; no eres
esclava, que amor te ha hecho
herrar el rostro.

ELENA:

Es verdad;
si bien dices, amor tengo;
pero, ¿sin duda soy yo?,
¿sábeslo Pedro de cierto?

PEDRO:

¡Pues no, y como sí lo sé!,
y que el hierro que te han puesto
te agradece mi señor,
porque han mentido los celos
si te dicen que pretende
ese injusto casamiento
de Serafina.

ELENA:

¡Ah, traidor,
fementido, infame, perro!,
yo te quitaré la vida,
que, como fuiste el tercero
de sus amores, me engañas.

PEDRO:

Señora, envaina los dedos,
que me has deshecho la cara,
que se le antoje el pescuezo

a una preñada, está bien;
muerda, pero no con celos.

(SALEN LEONARDO Y FINEA, SERAFINA DE LA MANO Y DEUDOS.)

LEONARDO:

¿Si habrá venido el notario?

FINEA:

Aquí están Bárbara y Pedro.

SERAFINA:

¿Pero dónde está don Juan?

PEDRO:

Pienso que están allá dentro
él, su padre y el notario.

SERAFINA:

Bárbara, no me hablas.

ELENA:

Vengo
a aderezar los estrados
y componer los asientos
para los jueces, que hoy
han de sentenciar mi pleito.

(SALEN DON JUAN, DON FERNANDO, Y EL NOTARIO.)

NOTARIO:

Solo resta que firméis,
pues ya vino esta señora.

DON FERNANDO:

Mi Serafina, en buen hora
esta vuestra casa honréis.

ELENA:

¡Que pueda yo estar aquí!,
¿qué perdón del Rey espero,
si llega el cordel primero?

SERAFINA:

Señor, hoy tenéis de mí
una esclava en vuestra casa.

ELENA:

Pues si ya esclava tenéis,
¿para qué a mí me queréis?

PEDRO:

Calla hasta ver lo que pasa.

ELENA:

¿Cómo puedo yo callar?

PEDRO:

Tú lo has de echar a perder.

ELENA:

¿Pues qué me falta de hacer,
sino dejarlos casar?

DON FERNANDO:

Pedro, ¿qué dice esa esclava?

PEDRO:

No sé qué pasión le dio
de tantos berros que cenó
si acaso en ellos estaba,
cual suele algún amapelo.

DON FERNANDO:

Pues calle o llévela allá.

NOTARIO:

Sabed, señores, que está
la ejecución, quiera el cielo,
hecho por esta escritura,
concierto de voluntad
de entrambos.

ELENA:

¿Hay tal maldad?

PEDRO:

Calla, sufre, ten cordura,
¿no ves que la están leyendo,
y que la quieren firmar?

ELENA:

¿Qué me queda que esperar,
Pedro, si me estoy muriendo?

PEDRO:

Desde una reja miraba
un canónigo en Toledo
una mula que sin miedo
de una peña en otra daba.
Para despeñarse, al río,
dábanse prisa al salir,
y él, sin cesar de reír,
daba en aquel desvarío,
hasta verla despeñar,
pero viendo como un rayo
ir tras ella su lacayo,
volvió el placer en pesar,
sabiendo que era la suya.
Y puesto, Elena, que sea
comparación baja, y sea
para la desgracia tuya,
parece que está don Juan
viéndote andar por las peñas,
y que ha visto por las señas

que ya mis ojos le dan,
aunque el dolor disimula,
para dar voces dispuesto,
señores, acudan presto
que se despeña mi mula.

ELENA:

Pues ya me ha desconocido,
él me dejará caer.

PEDRO:

Ya acabaron de leer.

ELENA:

Yo he de perder el sentido.

NOTARIO:

Con este podéis firmar.
Quítasela y rómpela.

ELENA:

Mas yo firmaré por él,
que con rasgar el papel,
me acabo de despeñar.

DON FERNANDO:

Suelta la escritura, loca.

ELENA:

Pues suélteme él a mí,
por quien el seso perdí.

DON FERNANDO:

¡A qué dolor me provoca!

DON JUAN:

Temblando estoy; ¡si diré
quién es!

NOTARIO:

Toda la rompió.

DON FERNANDO:

Llevala de aquí.

ELENA:

Si yo
soy loca, la culpa fue
este traidor, que me ha dado
la causa porque lo estoy.

(SALE FABIO.)

FABIO:

Esperad, que a decir voy,
señores, que habéis entrado.

DON FERNANDO:

¿Qué es eso, Fabio?

FABIO:

Aquí están,
señor, con un mandamiento,
para que se deposite
esta esclava.

DON FERNANDO:

Entre su dueño,
sin los que vienen con él,
que este no es día de pleitos,
y es mucha descortesía.

(SALEN RICARDO Y FLORENCIO.)

RICARDO:

Yo vine aquí, no sabiendo
esta ocupación, señores,

y que perdonéis os ruego,
que yo volveré otro día.

ELENA:

Para que, si desde luego
digo que mi dueño sois,
y que como a tal os quiero,
¡ea!, vámonos de aquí,
que cuanto decís, confieso.
Que si negaba ser vuestra,
fue la causa el amor ciego
que en esta casa tenía,
pero ya conozco el vuestro.
¡Ea!, ¿qué hacemos aquí?

RICARDO:

Pues para que no entren dentro
los que han venido conmigo,
guardando el justo respeto,
dadme, señores, licencia
para que como su dueño
lleve esta esclava a mi casa.

DON JUAN:

No pienso yo, caballero,
que basta para llevarla
que ella con el mucho exceso,
de la locura en que ha dado,
diga que es vuestra.

DON FERNANDO:

Sin esto.
son cuatrocientos escudos
los que han de venir, primero
que la saquen desta casa.

RICARDO:

Si me la hurtaron, no tengo
obligación de pagarla.
Pésame de haberos puesto
demanda en esta ocasión;
pero esto tiene remedio,
depositándola en tanto
que averiguamos el pleito.

DON JUAN:

¿Qué depósito mejor
se le puede dar que el nuestro?

RICARDO:

Eso no, mas por los dos,
la tendrá el señor Florencio.

ELENA:

¿Para qué?, si yo soy vuestra,
y lo digo y lo confieso,
y si en el dinero topa,
vénganlo luego a contar,
que el mismo en escudos tengo,
como lo dio don Fernando.

DON JUAN:

Dejádmela hablar primero.
Oye a parte.

ELENA:

¿Que me quieres?

DON JUAN:

Elena, aunque estás sin seso,
no igualas a mi locura,
porque entre tantos extremos
de confusión divertido,
solo pensar me detengo,
como guardando tu honor

podemos hallar un medio
para que lleguen al fin
tu esperanza y mi deseo.

ELENA:

Oh, que gracioso letrado,
preguntalde el cuento a Pedro
del canónigo y su mula,
que estáis muy despacio viendo
que voy al profundo pico
de la ingratitud que veo
en vuestra crueldad, don Juan,
de peña en peña cayendo.
¡Ea!, vámonos de aquí,
Ricardo ha de ser mi dueño,
yo le daré posesión
de mi alma y de mi pecho.
Y tú, perro fementido,
quedarás trocando el hierro,
por infamia de los hombres,
cobarde, vil caballero,
mal parecido a tu padre,
sino a quien...

DON JUAN:

Tente.

ELENA:

No quiero.

DON JUAN:

Tente, luz de aquestos ojos,
mi bien, tente.

DON FERNANDO:

¿Qué es aquello?,
¿ojos y bien a una esclava?

RICARDO:

Vamos, Bárbara.

DON JUAN:

Teneos,
que os engaña el parecerse
a quien piensas.

RICARDO:

Lo que pienso
es que aquella esclava es mía.

DON JUAN:

Mirad si el engaño es cierto,
ues es mi mujer.

DON FERNANDO:

¿Quién?

ELENA:

Yo.

DON FERNANDO:

¿Mujer una esclava?, perro,
¡oh, perro!, nunca viniera a mi casa,
llevalda, señor, os ruego,
llevalda, que yo os perdono
los escudos.

ELENA:

Paso quedo,
que soy mejor que don Juan,
que por agradecimiento
de que dejase por mí,
dignidad, padres y deudos,
sabiendo que vos, airado,
por venganza o por desprecio,
queríades adoptar

por hijo y por heredero
de vuestra hacienda un esclavo,
desesperado consejo.

Hice que un criado mío
me vendiese, que este hierro
es fingido, como veis,
pues me lo quito tan presto.

(QUÍTASELE.)

Es doña Elena mi nombre,
vivo en Triana, no es tiempo
de cansar con relaciones
disculpas de caballeros,
que me tuvo por su esclava.
Y a esta señora le dejo
a don Juan, porque es muy justo.
Con que a Triana me vuelvo,
contenta de que he tenido
para ser valiente pecho,
esclava de su galán.

SERAFINA:

La acción que a casarme tengo,
señora, os doy por hazaña
de tanto valor.

DON FERNANDO:

Suspenso
de lo que mirando estoy,
digo que a don Juan le ruego,
la dé la mano y los brazos,
porque tan heroicos hechos
merecen premios mayores.

RICARDO:

Señores, oigan a Pedro.

DON JUAN:

¿Qué quieres decir?

PEDRO:

Que aquí,
senado ilustre y discreto,
la esclava de su galán
da fin a servicio vuestro.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB